EL URUGUAY INDIGENA

Renzo Pi Hugarte



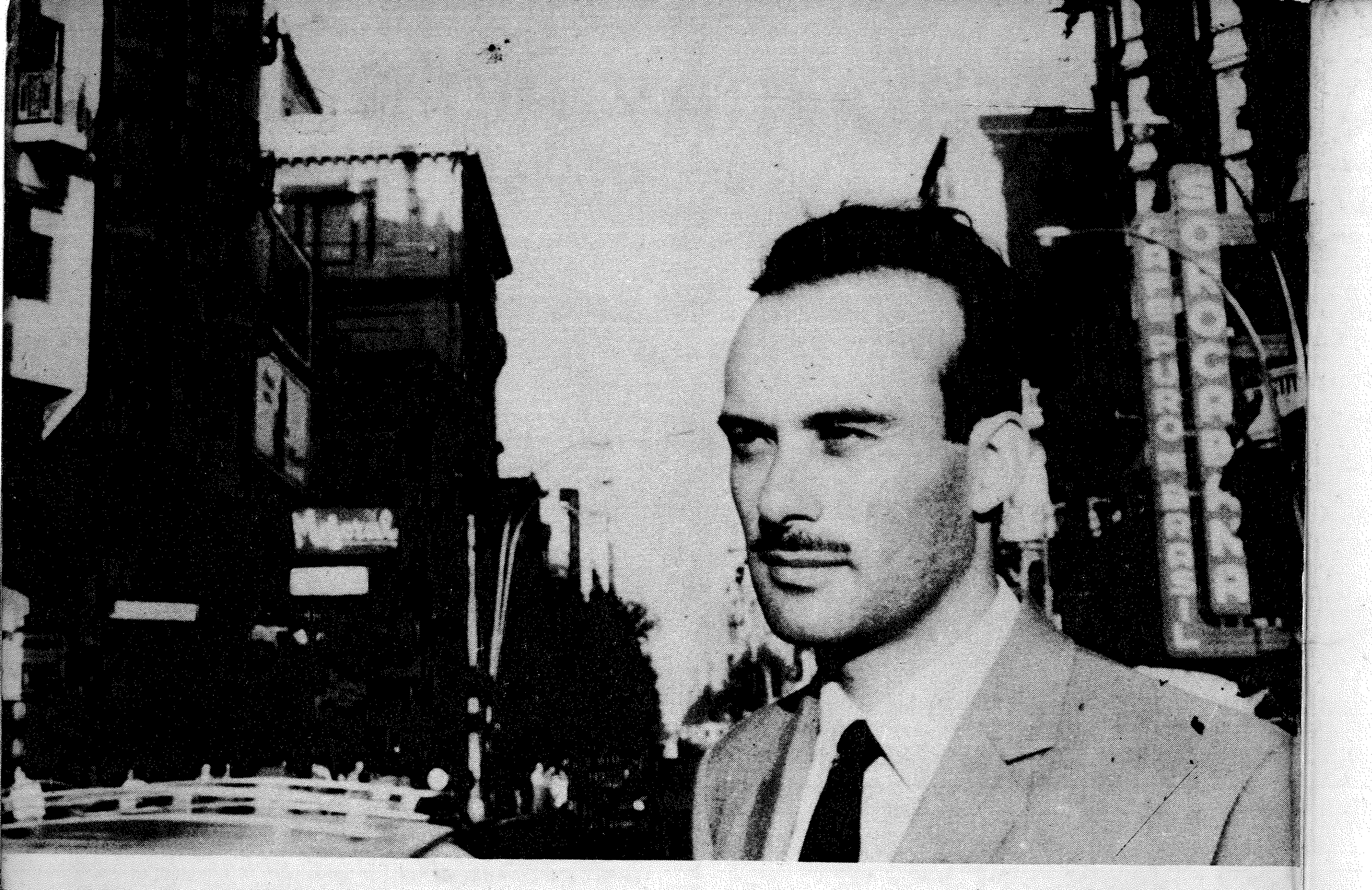
nuestra tierra 1

nuestra tierra 1

LAS OPINIONES DE LOS AUTORES NO SON NECESARIAMENTE COMPARTIDAS POR LOS EDITORES Y LOS ASESORES.

EL URUGUAY INDIGENA

Renzo Pi Hugarte



RENZO PI HUGARTE nació en Durazno en 1934. Movido por una vocación tempranamente definida por el estudio de la sociedad y la cultura, emprendió distintas investigaciones en grupos rurales y urbanos marginados. A partir de tales estudios, encuadrados en el ámbito de la sociología, se orientó progresivamente hacia los enfoques antropológicos, principalmente los vinculados a los problemas de las culturas americanas. Estos intereses lo llevaron a recorrer amplias zonas de nuestro continente, en especial el área andina y amazónica, y a ceñir el campo de sus estudios teóricos.

Cumplió su formación académica en la Facultad de Humanidades y Ciencias y en el Instituto de Etnología de París. Ejerce la docencia en Enseñanza Secundaria desde 1957, y desde 1962 forma parte del personal técnico del Instituto de Ciencias Sociales. Ha publicado varios trabajos sobre temas de su especialidad.

NUESTRO CONOCIMIENTO DE LAS CULTURAS INDIGENAS

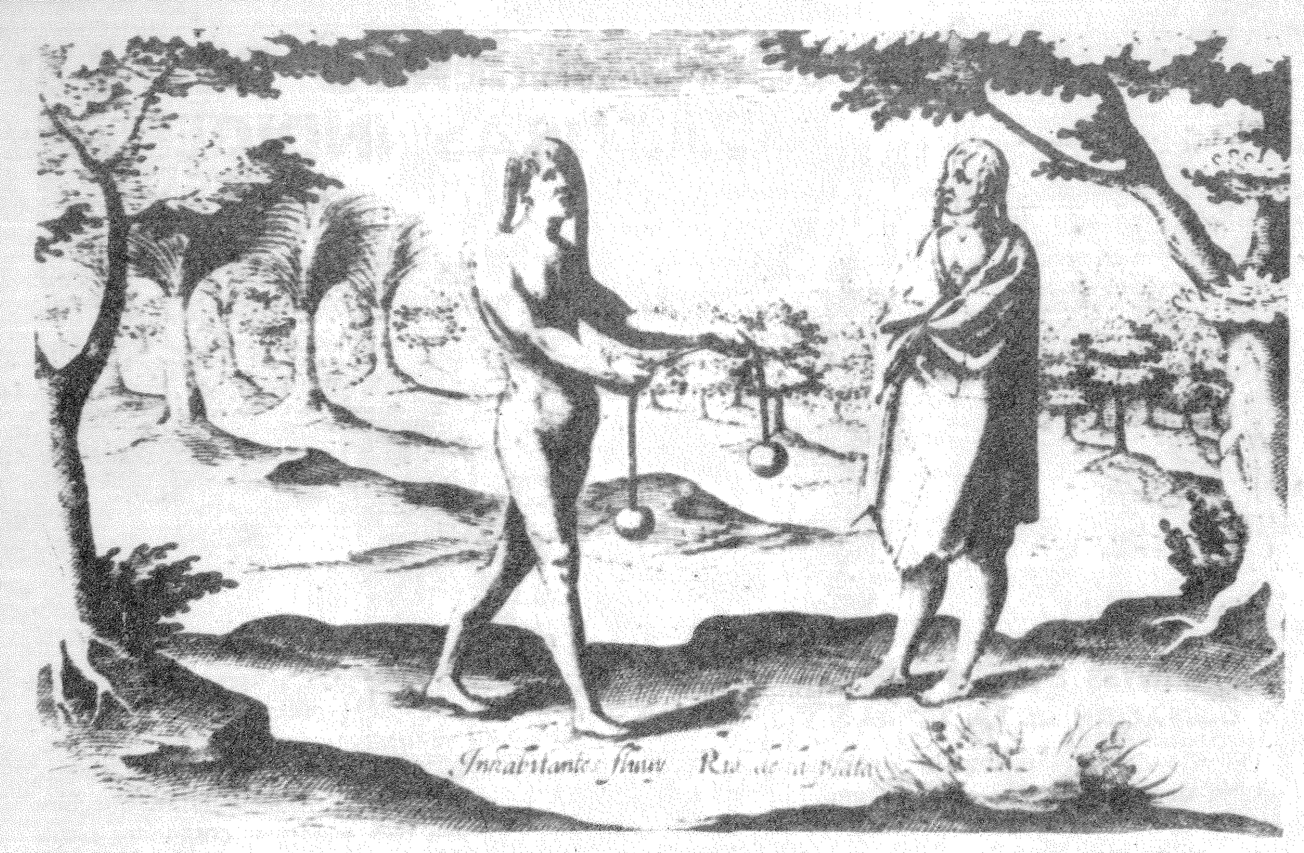
LAS FUENTES DESCRIPTIVAS

LA OCUPACION DE LA TIERRA

El Río de la Plata ingresa tardíamente en la historia de América. No era ésta una tierra rica —en el sentido en que lo entendía el conquistador— ni existían en ella poblaciones numerosas que contaran con una organización social superior, de tipo Estado o proto Estado, como las había en otras áreas del Continente, que justificaran por ello el dominio y sirvieran de base a la empresa colonial. Estas comarcas en nada se parecían a México o al Perú; faltaban aquí los metales finos y las civilizaciones sorprendentes.

Frustradas las esperanzas de riquezas metálicas, que habían servido sin embargo para dar nombre definitivo al Paraná Guasú y a su región, ésta se vio relegada en lo que respecta a empresas coloniales. La margen septentrional del gran río permaneció olvidada y en gran parte como *terra incognita* hasta que la proliferación del ganado chúcaro en sus campos atrajo el interés hacia esta impensada "mina". Así, los intentos de establecimiento colonial permanente en las tierras que hoy componen nuestro país se vieron pospuestos hasta que el desarrollo mercantilista los hizo posibles.

Las poblaciones indígenas de esta área se encontraban en estadios de la evolución cultural más atrasados que las de otras zonas del Continente. Constituían apenas lo que en el español medieval de los primeros tiempos se llamó "behetrías", es decir, grupos sociales carentes de un poder centralizado permanente de tipo sacerdotal o de cacicazgo. No cabía en tal caso afianzar el dominio cambiando una aristocracia indígena tradicional y hereditaria, vinculada a la conducción teocrática, por la nueva aristocracia de los conquistadores blancos, poseedores del caballo y las armas



Habitantes del Río de la Plata; grabado de la edición príncipe del viaje de Hendrick Ottsen, 1603.

de fuego. Aquí era necesario pelear denodadamente hasta llegar al exterminio de las bandas, que justamente por carecer de una organización centralizada presenta una resistencia mayor.

Sin caer en la exageración de Azara cuando dice que "los Charrúas han causado más trabajo a los españoles y les han hecho derramar más sangre que los ejércitos de los Incas y de Motezuma", debe señalarse, confirmando lo expuesto, que los pueblos más primitivos fueron los que hicieron la oposición más enconada y continua a la conquista. En nuestro territorio dicha resistencia termina con la extinción de los indígenas.

EL TRASFONDO DE LAS FUENTES

En este marco de ocupación tardía de la tierra por los españoles y de guerra sostenida con los aborígenes, se sitúan los relatos por cuyas referencias podemos saber algo de ellos.

Por razón de su origen, estos documentos presentan defectos considerables. Son crónicas hechas por el grupo social dominante y comportan estrictamente una *historia de la conquista;* se trata pues de una historia de blancos y su interés fundamental lo constituyen éstos, no los indígenas.

Las referencias a los aborígenes se dan de una manera marginal; únicamente aparecen mencionados en lo que toca a su relación con los europeos. Nada o casi nada hay por lo tanto que sirva para reconstruir su mundo propio. Al estar además las relaciones entre ambos grupos signados por la permanente hostilidad, es fácil comprender que la visión de los indios ofrecida en los referidos documentos está muchas veces deformada por la animosidad. Generalmente el indio es presentado como enemigo, cruel, brutal, salvaje, carente de sentido moral, inferior, componente de una raza vencida o a la que es preciso vencer. Al lado de las diatribas y los juicios peyorativos no faltan, sin embargo, las opiniones también prejuiciadamente favorables al indio y que, por tanto, falsean la verdad al trocar la apreciación objetiva por un esquema mental previo. Esta actitud se inspira en dos posiciones ideológicamente opuestas, detectables en las fuentes de los siglos XVII y XVIII: por un lado, el humanitarismo cristiano de los escritos jesuíticos, aunque en ellos la consideración teñida de caritativa piedad generalmente se destina a los indios conversos, mientras se cargan las tintas en la brutalidad de los renuentes al adoctrinamiento; por otro, el humanitarismo de base racionalista propio de la época reformista de Carlos III y cuyo exponente más destacado es Azara.

En los relatos de esta última orientación es menor el peso de los elementos emotivos. De cualquier manera, aun en estos escritos, en los que aparece como un ser desvalido, pueril, elemental, privado de las luces de la razón superior o de la confortación de la auténtica fe, el indio es siempre "el otro". Esta visión enajenada de la criatura da cuenta del muro de incomprensión interpuesto entre los cronistas y los aborígenes.

Tales modos de enfocar el mundo aborigen no pueden desligarse de la ideología profunda de la conquista, ni de los propósitos políticos y espirituales que la animaban. El espíritu de cruzada alienta en toda la conquista y justifica el proceso expansivo de la corona de España. El Imperio procura no sólo la grandeza material sino la propagación de la fe. La obra humana es así apenas el instrumento de propósitos sobrenaturales. En estos supuestos, los indios son súbditos de España y España es católica. Los indios, en consecuencia, no son otra cosa que la argamasa humana con que se edificará el Imperio y la Iglesia universales.

A partir de estos lineamientos, válidos para toda la literatura de época colonial, debemos manejar la fuentes informativas. Pero hay que agregar que la visión etnocentrista de las culturas americanas permanece viva luego de la Independencia. Aunque pierda vigencia la ideología justificatoria del dominio en nombre de la fe, la idea de la superioridad del hombre blanco y de su cultura frente a los aborígenes tendrá una prolongada vida que llega inclusive al presente.

LA AUTENTICIDAD DE LAS CULTURAS INDIGENAS

Las culturas indígenas sufrieron una profunda alteración por el impacto de la conquista. Ésta provocó el contacto y la relación de la cultura europea con las amerindias, generando procesos de aculturación y deculturación cuyos efectos resultan siempre más marcados en los grupos de menor desarrollo, avasallados o puestos en situación de dependencia por el grupo poseedor de un equipamiento técnico superior.

La aculturación consiste en el intercambio de

pautas culturales originales —o la modificación de tales pautas— provocado por el contacto permanente y directo de grupos de diferente cultura. El distinto nivel de las culturas relacionadas en ese proceso hace que los elementos culturales que el grupo inferior toma del otro sean mayores, cualitativa y cuantitativamente, que los que a su vez adopta éste de aquél. El europeo aprende del indígena los modos de adaptarse a una naturaleza que desconoce y a sacar de ella lo necesario a su subsistencia; el indígena adopta en primer término, y en la medida en que puede hacerlo, el instrumental más perfeccionado del europeo. Luego asimilará otros elementos, no siempre vinculados a la cultura material.

Esta reciprocidad de préstamos culturales implicada en el concepto de aculturación sólo tiene lugar cuando el contacto se produce entre culturas que se encuentran en un grado de desarrollo similar o equivalente, y sobre todo, cuando ambas han alcanzado la etapa de la civilización urbana. La relación entre culturas evolucionadas, con técnicas y sistemas económicos superiores, y sociedades de tipo tradicional, basadas en la economía agraria o en la recolección o la caza, determina que el producto resultante sea un trasvase unilateral de elementos provenientes de la cultura superior. Este hecho va acompañado, además, por la decadencia y pérdida de innúmeras pautas y complejos culturales propios de la cultura inferior o subordinada. Este proceso se denomina deculturación.

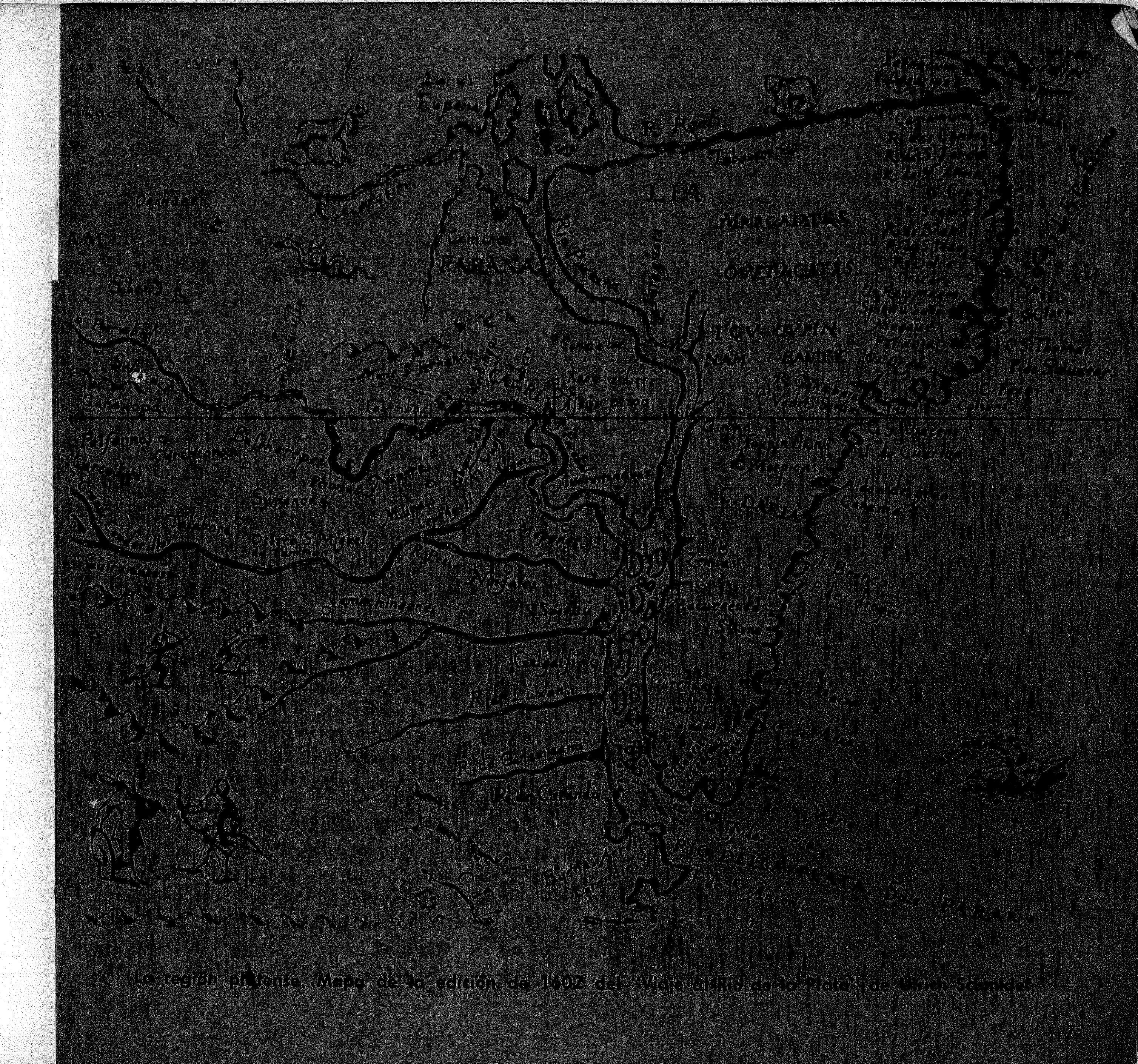
La llegada de los europeos al Río de la Plata modificó el sistema adaptativo de las culturas aborígenes, o sea aquellas actividades orientadas a la producción y reproducción de las condiciones materiales que aseguran la supervivencia de una sociedad.

Con la introducción del ganado caballar y vacuno y su posterior aumento comenzaron las "entradas" de corambreros y colonizadores. Ello obligó a los indígenas a entrar en una red de intercambios que, como pago a sus servicios de baqueanos y a su ayuda en las vaqueadas, incluía los artículos de metal, las telas y los paños, los abalorios y adornos varios, el alcohol, el tabaco, la yerba y los naipes. Todo esto dislocó sus antiguos modos de adaptarse a la naturaleza y de proveer la subsistencia: los grupos cazadores sustituyeron la caza de las especies nativas con armas tradicionales por la de los nuevos animales de mayor tamaño, en la que predominó de manera creciente la utilización de instrumentos de hierro. Muchos abandonaron por último tal sistema económico para hacer del saqueo su principal medio de vida. Este cambio en las bases económicas de las sociedades indígenas, unido al aprendizaje de las técnicas ecuestres, acentuó su nomadismo.

La variación experimentada en la relación hombre-medio y en el fundamento económico de esas sociedades produjo nuevas alteraciones en otros órdenes de la cultura: también la organización social y el conjunto de creencias e ideas originales de los indígenas se vieron seriamente resentidos por el impacto de la cultura europea.

El cuadro de destrucción de las culturas originales es aun más dramático en el caso de los pueblos tribales que practicaban una agricultura incipiente (chanaes y guaraníes) de la zona del litoral del Uruguay; rápidamente convertidos y asimilados, desaparecieron en época temprana como etnias.

En presencia de una fuente histórica debemos preguntarnos cuál es la cultura indígena que se describe. Las referencias más antiguas, aquellas que pudieron dejarnos elementos de juicio sobre los pobladores de estas tierras cuando todavía su



La región platense. Mapa de la edición de 1602 del 'Viaje al Río de la Plata' de Ulrich Schmidel

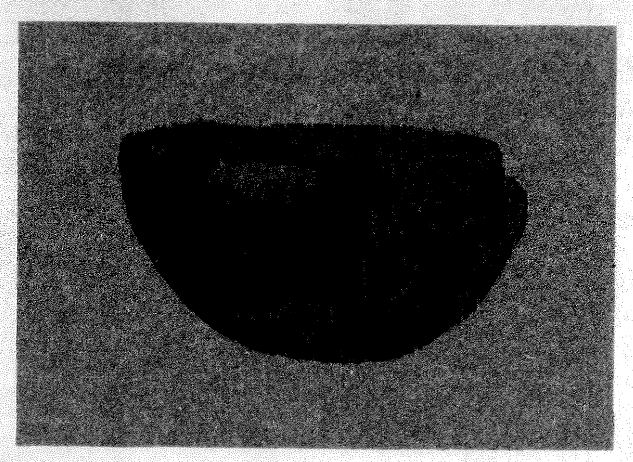
cultura se hallaba en estado prístino, son en extremo breves y nos dan imágenes de grupos que en mayor o menor grado habían experimentado ya los efectos del contacto con los europeos.

El intento de reconstrucción de lo que fueron sus culturas originales debe emprenderse a partir de rasgos desfigurados por la aculturación y la deculturación. A esto debe agregarse que la conquista obligó a desplazarse a muchas poblaciones de sus comarcas primitivas, vinculándolas así a otras de cultura diferente. Con ello el cuadro del cambio cultural se vuelve más complejo, por los préstamos que tuvieron lugar entre distintos grupos indígenas.

LA VALIDEZ DE LAS FUENTES

A lo largo de tres siglos y medio de contactos con los aborígenes —cumplidos a través de exploraciones, conquistas, reducciones, intercambios, luchas y acuerdos de europeos entre sí y con los indios, guerras de independencia y civiles que contaron con su participación— se fueron sumando más de medio centenar de descripciones de primera mano sobre los mismos. Desde luego que no todos estos documentos tienen la misma relevancia. Apenas algunos permiten componer un cuadro comprensivo —aunque siempre incompleto— de las culturas originales del área, y son contados los que participan de la necesaria objetividad. La gran mayoría contiene referencias ligeras e insuficientes; es notable en ellos, además, la transferencia de fabulaciones europeas, así como la supremacía de los preconceptos frente a la observación desnuda.

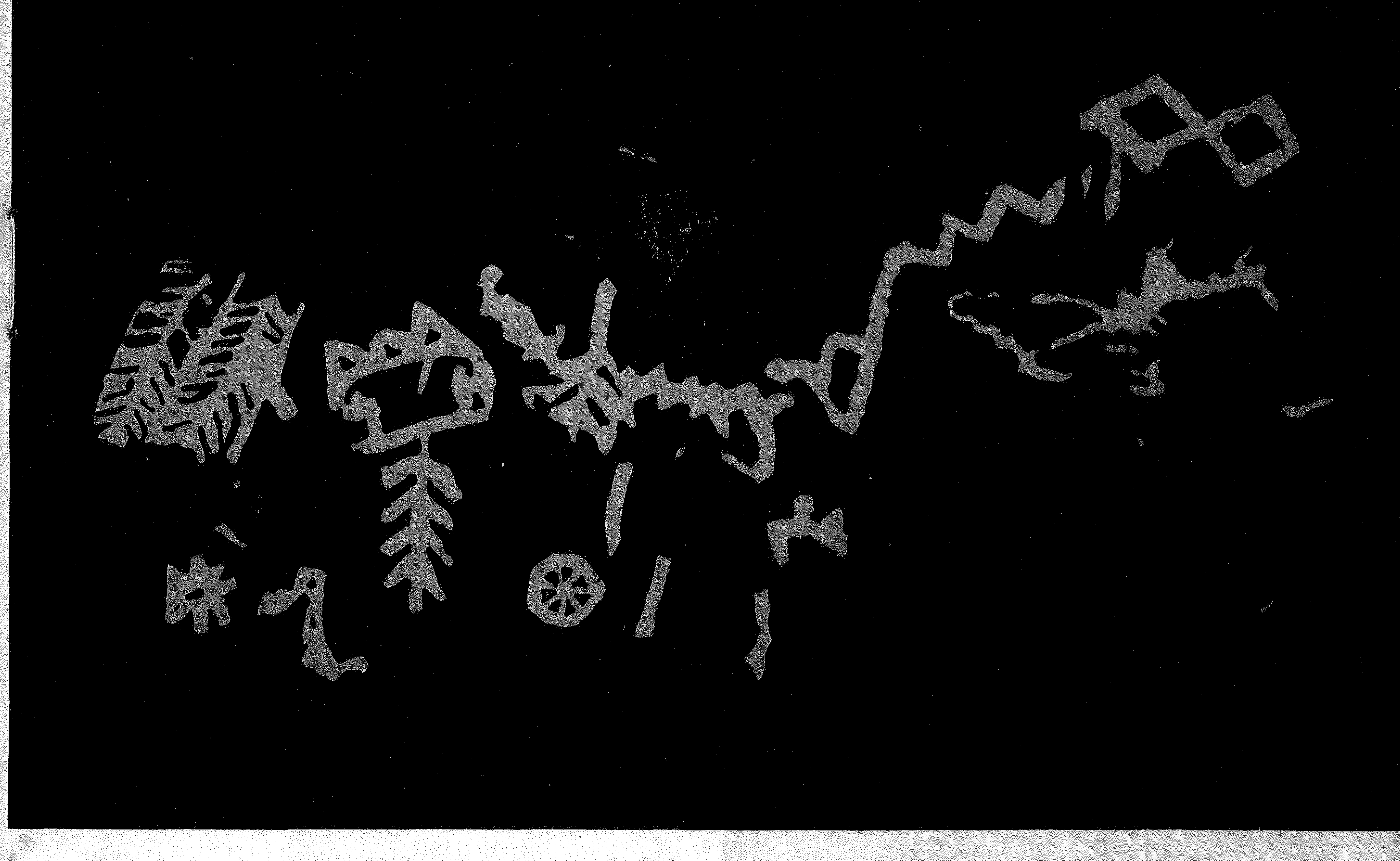
Ollita con asidera. Museo de Historia Natural.



Prácticamente todas las observaciones de estos autores fueron cumplidas de manera breve, parcial y esporádica. Ya Azara fustigaba a "los que por haber visto una media docena de indios en la costa, hacen descripciones acaso más completas que las que podrían hacer de ellos mismos". Se agrega a ello el desconocimiento de las lenguas de los grupos descritos. Únicamente el Sargento Mayor Silva, por haber convivido con los charrúas durante un período extenso, llegó a comprender el idioma de éstos; aun así su experiencia participante no puede ser considerada óptima, dada su falta de preparación adecuada. Por otra parte, su interés, fundamentalmente práctico, era algo muy distinto del interés de un estudioso.

Es también notable cómo se superponen en las fuentes los conocimientos que los autores tenían de rasgos correspondientes a otros grupos indígenas sin ninguna vinculación con los observados.

No existe siquiera una obra compuesta en base a apreciaciones directas dedicada de manera específica a los indígenas de la Banda Oriental. Todas las referencias son incidentales y se incluyen en obras que nunca tuvieron por objeto pintar la realidad del contacto vivido. Una intencionalidad de este tipo parecería apreciarse tan sólo en las

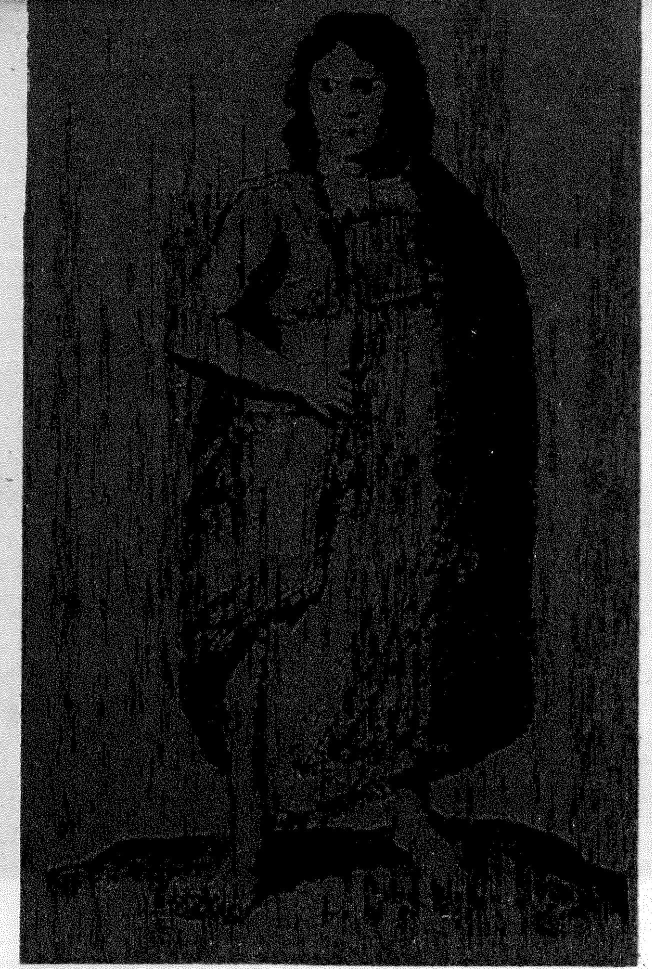


Pictografía del arroyo Molles del Chamangá, Dpto. de Flores, relevada por de Freitas y Figueira.

Lettres édifiantes et curieuses de los jesuitas. Pero éstas estaban destinadas a "edificar" a sus lejanos lectores por el contraste entre la exagerada barbarie de las criaturas privadas de la revelación y la superioridad de los que gozaban del confortamiento cristiano.

Las fuentes proceden por regla general de individuos carentes de la mínima formación requerida por la tarea; muchas veces se deben a soldados que no superaron su rudeza, o a fervientes religiosos que no pudieron quedar al margen de su fanatismo.

Los autores tomaron en consideración los rasgos que les resultaban más chocantes por diverger considerablemente de las costumbres europeas; por ejemplo, la mutilación dactilar por duelo de los charrúas. Nada sabemos, en cambio, dada la superficialidad de estas observaciones, de los valores adscriptos a las prácticas que tanto asombro causaban. Muy poco es, asimismo, lo que se puede



Salvaje de Montevideo. Viaje de Pernetty, 1763-64.

saber de los aspectos más sutiles de su cultura, develables sólo mediante una convivencia prolongada, un conocimiento de la lengua y una actitud indagatoria que permitiera la comprensión de sus ideas religiosas o de su organización familiar.

Los aludidos documentos, consistentes por lo general en informes oficiales de variada naturaleza, han sido hechos con otro fin que el de referir fenómenos propios a otra sociedad. El verdadero ser de las culturas americanas se esconde, se pierde y desaparece bajo el relato de las exploraciones, las acciones bélicas, las campañas catequísticas, los procesos, las actas fundacionales, los tratados de límites, los informes y las crónicas diversas. En ellos los nombres de los grupos son inciertos; durante mucho tiempo los indígenas de nuestra tierra fueron designados genérica y vagamente "charrúas". Un mismo nombre se asigna a grupos distintos o, por el contrario, nombres diferentes se aplican a un idéntico conglomerado humano. Los propios nombres tienen un origen caprichoso: designan la tribu por determinadas características físicas o indumentarias; generalmente los aplican los lenguaraces, vertiendo designaciones anecdóticas en el guaraní de relación; muchas veces la denominación se da por la región habitada y muchas otras resultan de la alteración de términos de las lenguas indígenas.

La ubicación de los grupos también es corrientemente arbitraria, ya por el desconocimiento de la región —en los primeros relatos—, ya por la extrema movilidad de los indígenas. En tal sentido la cartografía de los primeros tiempos de la conquista no arroja ningún dato de interés; la cartografía jesuítica posterior, aunque supera a aquélla, tampoco aporta una certeza cabal.

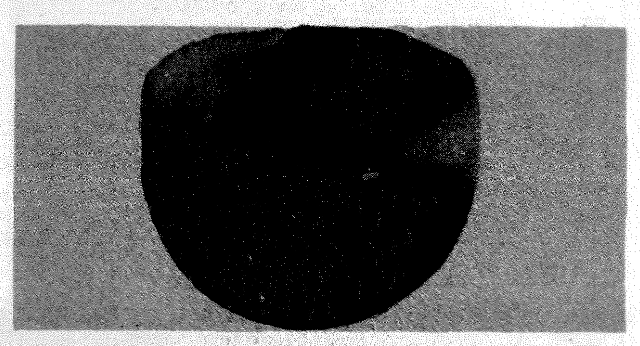
Todo esto complica de manera extraordinaria la atribución de rasgos culturales, lo que unido a las consideraciones infundadas y a veces fantásticas vuelve engorrosa la tarea de desbroce de este confuso material.

Las deficiencias del mismo no pueden subsanarse apelando a la documentación emanada de la actividad cotidiana que refleje relaciones de distinto tipo con los indios, tales como partes militares, actas notariales y capitulares, actuaciones judiciales, etc. Fuera del hecho de que en estos documentos no abundan las referencias a los indios, cuando ello ocurre casi nunca agregan datos de valor etnográfico. Por ejemplo, con ser bastante numerosos los informes y partes militares que aluden a luchas con los indios tanto en el período colonial como en el patrio, no puede desprenderse de los mismos más que indicios de la manera como los indígenas trababan el combate, y nada de sus ritos guerreros. Del mismo modo son escasos los pleitos relativos a asuntos indígenas así como aquellos en que los indios fueron parte; las actuaciones judiciales en relación a los aborígenes se dan únicamente en el caso de indios reducidos, muchos de los cuales procedían de otras regiones y otros grupos culturales.

En resumen, las fuentes cronológicamente consideradas se encuentran llenas de la fantasía medieval de los primeros exploradores; del dogmatis-

Los indios "guaraníes de las islas", a los que en la crónica de Ulrich Schmidel se llama "carios".





Olla encontrada en el Cabo de Santa María. M.H.N.

mo y de la puerilidad religiosa de los predicadores; del pintoresquismo de muchos viajeros; de los preconceptos de algunos (por ejemplo, ausencia de religión entre los charrúas, según Azara) y del cientificismo vacío de otros (caso de los académicos franceses que hacían tocar a una orquesta oculta para observar las reacciones de los "salvajes" ante la música). Por supuesto que tampoco falta —más en los intérpretes posteriores que en los autores de fuentes— el tono elegíaco por las virtudes de las razas desaparecidas.

Un estudio de etnografía histórica de la Banda Oriental, no obstante, sólo es posible a partir de estas fuentes, pese a su pobreza y errores de enfoque, ya que es poco probable que la arqueología pueda aportar datos nuevos respecto de las culturas que ellas tratan o corregir las deficientes informaciones.

LOS APORTES DE LA ARQUEOLOGIA

El balance general del conocimiento que se tiene de los grupos indígenas que habitaron nuestra tierra no queda completo con el panorama valorativo de las fuentes descriptivas. Siempre, en el caso de culturas extintas, los aportes de la arqueología han complementado los relatos y ayudado a su verificación y a la superación de sus contradicciones. En nuestro caso, no obstante, poco es lo agregado por esta disciplina, si bien ella nos ha dado elementos que permiten intentar de modo menos conjetural una reconstrucción de la vida material de los indígenas, así como concluir que en este territorio se sucedieron varios estratos culturales.

Este tipo de estudios es en general incipiente y la asignación a un determinado grupo de algún tipo de industria lítica o cerámica resultará siempre meramente tentativa.

La mayor parte de las veces no es posible establecer una cronología estratigráfica porque el hallazgo ha sido superficial, o porque la peculiar naturaleza del terreno no lo permite. Además, la humedad de los suelos hace que la materia orgánica se conserve mal, lo que ha dificultado la medición por el método del carbono 14 las pocas veces que ha sido intentado.

El relevamiento arqueológico del territorio nacional no se ha hecho de manera sistemática, ya que existen zonas ricas, como la de los esteros del Este, que apenas han sido exploradas. Por otra parte, pocos trabajos se han llevado a cabo con una técnica depurada. La mayor parte de las veces han sido arqueólogos aficionados quienes han tomado a su cargo la búsqueda de objetos, con el resultado previsible de haber estropeado los yacimientos.

Carecemos de toda descripción original confirmatoria de cómo los distintos grupos fabricaban su utilaje y del estilo a que éste respondía. Ningún cronista relató el tallado de una punta, el pulido de una piedra de boleadora o el modelado de un tiesto, ni —en consecuencia— por qué se les daba una forma determinada. A estos efectos debe destacarse que muchos de los autores cumplieron sus observaciones en épocas en que subsistían las in-

ESTRATOS CULTURALES DEL URUGUAY INDIGENA, SEGUN DANIEL VIDART.

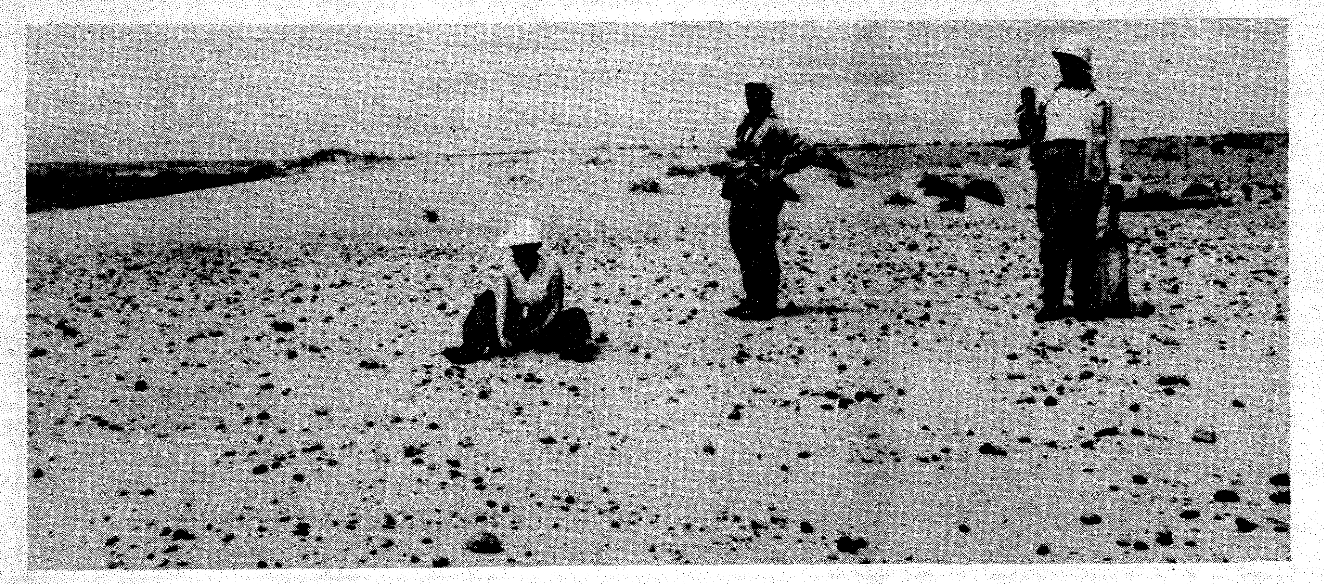
PRE-CERAMICO	8.000 A. C.	SUPER-VIVENCIA S. XVII	**CULTURAS PALEOINDIAS** (I) PERIODO EPIPROTOLITICO — RECOLECTORES - PALEOCAZADORES a) Catalanense b) Maldonadense c) Relictos Arcaizantes { ¿Guayaná (Yaro)?	FUEGUIDOS Y LAGUIDOS (?)
	4.000 A. C.		(II) PERIODO EPIMIOLITICO — RECOLECTORES - PROTOPLANTADORES SUBTROPICALES Cuareimense	
	3.000 A. C. 2.000 A. C.		— CAZADORES ESTEPARIOS a) Sin flechas b) Con flechas	
PROTOCERAMICO	1.000 A. C.	S. XVII	**CULTURAS MESOINDIAS** (III) PERIODO PARANEOLITICO — COMPLEJO SEMISEDENTARIO ANDINO - SAMBAQUIANO Relictos Arcaizantes { ¿Arachana?	FUEGOLAGUIDOS (?) PAMPIDOS
	COMIENZO ERA CRISTIANA	S. XIX S. XVIII	— GRANDES CAZADORES AUSTRALES La Etnia Charrúa — PESCADORES - RECOLECTORES - CAZADORES a) Pueblos mesopotámicos amazonizados { Chaná / Chaná-Timbú / Chaná Beguá b) Cultura Osteodonto-malacoqueráticа	
CERAMICO	1.400 D. C.	S. XIX	**CULTURAS NEOINDIAS** (IV) PERIODO NEOLITICO — PLANTADORES - CANOEROS — Guaraní ¿Tape?	PAMPIDOLAGUIDOS (?) AMAZONIDOS

dustrias originales, aún no abandonadas por el avance de los procesos de aculturación y deculturación. Lo corriente ha sido atribuir los objetos encontrados a los grupos que se supone habitaban la zona del hallazgo. El método en sí resulta apenas indicial, y la flaqueza de las conclusiones aumenta en la medida en que se tomen en cuenta los desplazamientos cumplidos por las distintas parcialidades y etnias a lo largo del tiempo.

No se cuenta con clasificaciones tipológicas satisfactorias de objetos de industria lítica referidas a las áreas que se cree ocuparon los distintos grupos. Esto se ha hecho sólo —y de manera incompleta— para la cerámica del litoral del río Uruguay. No es tarea fácil, desde luego, sobre todo si se tiene en cuenta que muchas colecciones se encuentran en manos privadas y que muchas veces han sido compuestas sin ningún tecnicismo. En el caso particular de las piedras de boleadoras, el establecimiento de tales seriaciones tipológicas se ve perjudicado porque las piezas, encontradas por casualidad, fueron largamente usadas por los mismos indios y luego por los gauchos, lo que ha aparejado una extraordinaria difusión de los distintos tipos. Respecto de otros objetos encontrados en los yacimientos arqueológicos —como las placas grabadas o los pilones fusiformes— ninguna referencia histórica existe.

La actividad, en gran medida rutinaria, de la arqueología nacional se vio sacudida en 1955 por el descubrimiento de la cultura precerámica llamada Catalanense. Lo arcaico de la industria lítica encontrada en la zona de los arroyos Catalanes en el departamento de Artigas hizo que no pudiera atribuirse a ninguno de los grupos históricamente conocidos, y ello ha obligado a replantear completamente el problema de los horizontes culturales de nuestro territorio.

Gran paradero indígena situado en la confluencia de los ríos Negro y Yi. Fotografía de A. Taddei.



ESTRATOS Y HORIZONTES CULTURALES ARQUEOLOGICOS

Los diversos estratos culturales que la arqueología revela para nuestro país indican que el poblamiento del mismo se cumplió en oleadas sucesivas; la comparación de estos datos con los de las fuentes documentales ponen de manifiesto que sólo los grupos correspondientes a las últimas etapas del proceso ocupaban el territorio en el momento del arribo de los europeos. Esta superposición de culturas señala que el área constituyó un refugio para aquellos pueblos desplazados de sus viejos hogares por la presión de grupos que contaban con un acervo cultural más rico.

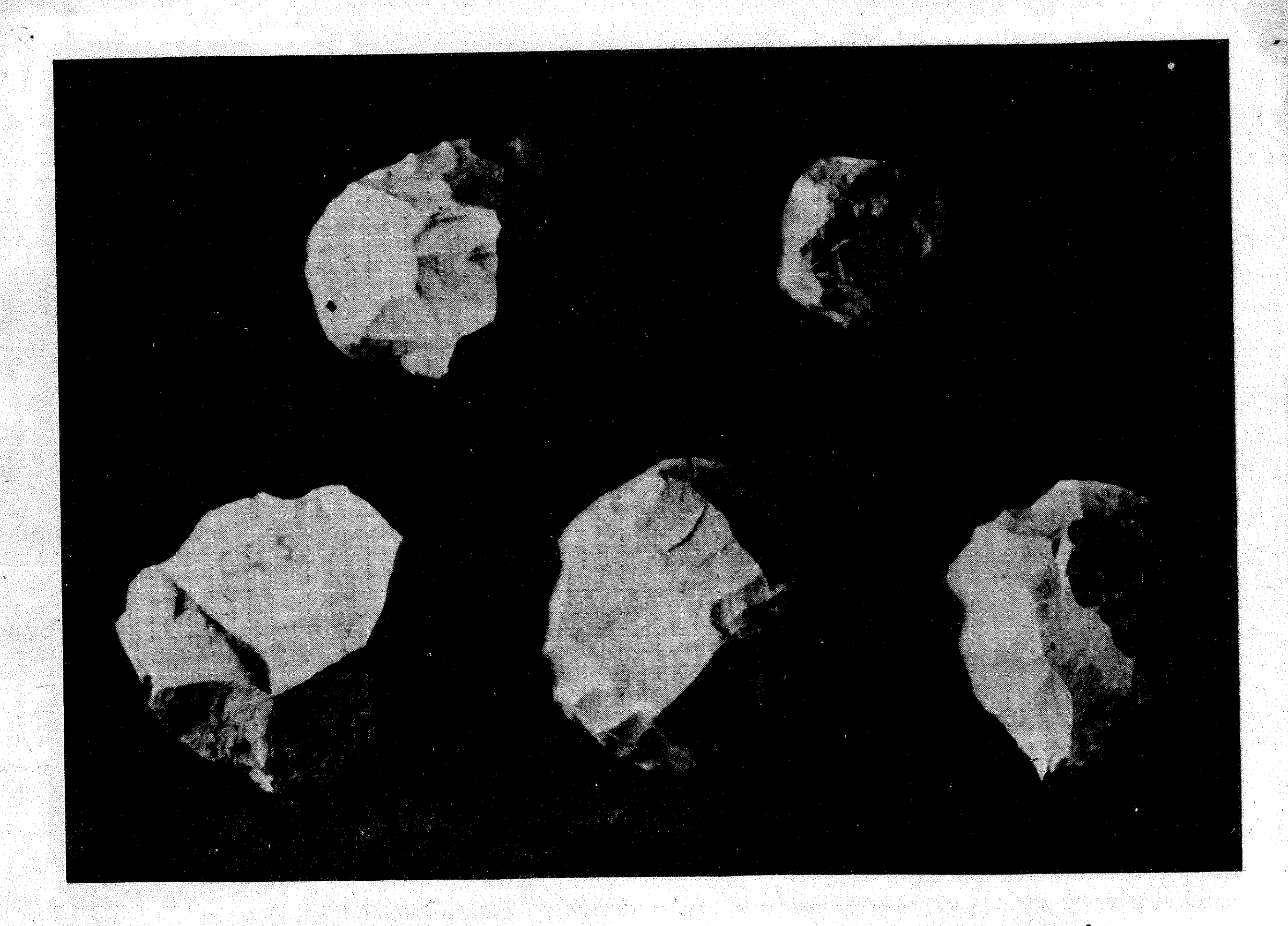
No se ha llegado a ningún acuerdo sobre los estratos culturales del Uruguay indígena ni sobre la antigüedad probable de cada uno de ellos, como tampoco sobre la atribución de vinculaciones continentales, y menos sobre la probable composición racial de los grupos implicados en dichos estratos.

Dada la naturaleza de este trabajo, y sin negar el valor de las clasificaciones arqueológicas que establecen varios estratos culturales mediante las características de las distintas industrias líticas y cerámicas, pensamos que se puede intentar una clasificación más sencilla en base justamente a las tipificaciones socio-económicas que la arqueología marca para esos estratos.

LOS CAZADORES INFERIORES

El primer nivel, desde el punto de vista cronológico y también evolutivo, lo ocupan los grupos de cazadores inferiores correspondientes a las culturas arqueológicas denominadas *catalanense* y *cuareimense*, cuyos hallazgos se ubican en la zona norte del país.

El *catalanense* parece corresponder a una cultura de cazadores que aún desconocían la flecha y en cuyas últimas fascies aparecen puntas toscas utilizadas presumiblemente en jabalinas y lanzas. Su utilaje consistía en toscos instrumentos de tra-



Utilaje de los cazadores inferiores; industria lítica catalanense. Museo de Historia Natural.

bajo unifacial de lascas catalogados como perforadores, cuchillos, raederas y muescas.

La cultura *cuareimense* presenta una industria diferenciable e indicadora de antigüedad también diversa. Mientras la industria del *catalanense* utiliza lascas espesas, módulos y guijarros, la del *cuareimense* "elabora sus instrumentos a partir, casi sin excepción, de lascas relativamente delgadas" (Bórmida, 1964: 114).

La dispersión de los yacimientos catalanenses ha llamado la atención ya que se extienden superficialmente por una amplia zona; los del cuareimense se ubican en terrazas fluviales y se limitan a algunas barrancas del río Cuareim.

El descubrimiento de una industria precerámica planteó desde un primer momento el problema de su datación. Como esta industria reviste características similares a las más primitivas de América, las primeras hipótesis le atribuyeron una antigüedad que —a juzgar por las pruebas con que se cuenta— puede considerarse exagerada, y que varios autores han rechazado. Parece más prudente atribuirle una antigüedad que, si bien es elevada para nuestro territorio, responde a las fechas aceptadas para las antiguas culturas del continente. Bórmida ha señalado unos 8.000 años a. C. para el *catalanense* y unos 6.000 años a. C. para el *cuareimense,* pero también estas fechas deberán ser confirmadas por estudios posteriores.

Dentro de este nivel algunos autores señalan la presencia de puntas similares a las de la cultura Ayampitinense de Córdoba, Rca. Argentina, lo que implicaría la existencia de un horizonte cultural de unos 5.000 años a. C. (Vidart, 1965).

LOS CAZADORES SUPERIORES

La existencia del complejo del arco y la aparición de la cerámica son los hechos que distinguen este nivel. Dentro del mismo se han señalado distintos estratos culturales:

A) CAZADORES EPIMIOLITICOS

El primer estrato se caracteriza por una tecnología similar a la del Paleolítico Superior del Viejo Mundo (epimiolítico), pero de menor antigüedad como lo manifiestan las puntas de flecha con pedúnculo o escotadura, las piedras de boleadoras de pulido rudimentario, una serie de instrumentos cortantes y punzantes variados —raspadores, punzones, buriles y los morteros.

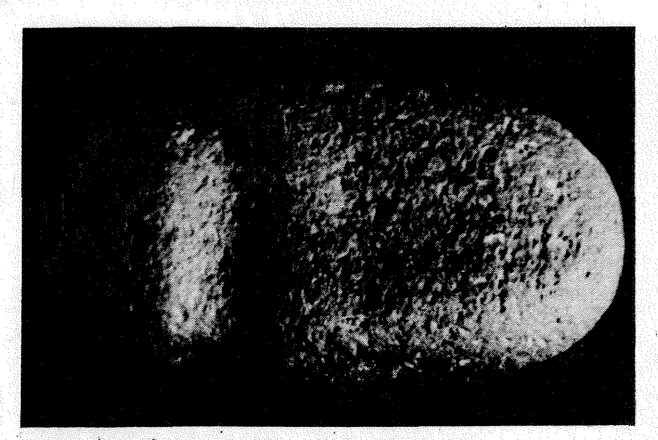
El hallazgo de estos últimos objetos, ya se acepte su adscripción a este nivel o a otro superior, nos enfrenta a un problema etnológico, puesto que no es posible determinar de manera fehaciente cuál era su utilidad. Aun considerando que los grupos de agricultores inferiores —posteriores a los indígenas que consideramos en este nivel— practicaron el cultivo del maíz y que por lo tanto los morteros pudieron servir a su molienda, debe señalarse que estos útiles se han encontrado en zonas muy alejadas —Maldonado, Rocha— de las que sabemos ocuparon aquellos agricultores incipientes. La hipótesis más aceptable les atribuye la función de pisar carne o pescado.

Vidart (1965: 53) asigna a este estrato una antigüedad probable de unos 4.000 años a. C., y adelanta la hipótesis de que pudieran deberse a estos grupos cazadores los petroglifos y las pictografías que se encuentran en diversos sitios del territorio nacional.

Presenta este estrato una gran dispersión, aun si se toma en cuenta solamente el área cubierta por la industria lítica de tipología correspondiente. El mismo se emparenta culturalmente con el de

Pulidor. Colección del Museo de Historia Natural.





Hacha pulida. Colección del Museo de H. Natural.

los "cazadores con vinculaciones patagónicas" al que nos referiremos más adelante, y que por el dominio de un instrumental más elaborado ha de considerarse posterior. Es posible que ambos estratos correspondan a los mismos grupos indígenas, llegados en dos momentos de su evolución tecnológica.

B) LA CULTURA INCLUSIVA DEL SUR DEL BRASIL

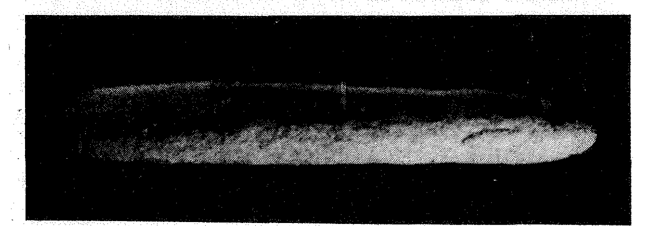
Grupos portadores de un repertorio material propio de las culturas arqueológicas que se desarrollaron en el Sur del Brasil, cuyos restos se hallan en los *sambaquís* o concheros de la costa de los estados de Santa Catalina, Paraná y Río Grande del Sur, arribaron al país por la vía del litoral atlántico.

Los objetos líticos de estas culturas presentan un magnífico trabajo de pulido y constituyen las piezas más hermosas de todos los hallazgos arqueológicos nacionales. Dicho instrumental está compuesto por los remates de mazas circulares horadados en el centro y con un borde afilado (*itaizás*), los rompecabezas de puntas múltiples, los litos que representan animales —y en un solo caso la figura humana— tabuliformes y con una concavidad en una de sus caras, las piedras lenticulares de honda, los bastones o pilones fusiformes, las piedras con hoyuelos (*rompecocos*), las hachas pulidas de doble escotadura, las placas planas y cilíndricas esculpidas con motivos geométricos y algunos tipos de boleadoras (Serrano, 1936).

Este autor sostiene el origen guayaná de estos grupos. Muñoa (1965: 2), afiliándose a esta tesis, considera que luego de llegar por la costa platense hasta la boca del Río Negro fueron rechazados por otros pueblos indígenas que los obligaron a refugiarse en los esteros de Rocha, donde "se extinguieron bajo la forma de tribu de los Arachanes"; Vidart (1965: 53) completa esta hipótesis suponiendo que fueron "aniquilados por pueblos guerreros notoriamente inferiores", que "se aposentaron en los «terremotos» del Este uruguayo". El citado autor asigna para el arribo de este estrato cultural una antigüedad de 3.000 años a. C.

El hecho de que las placas grabadas, los pilones fusiformes y los *itaizás* se encuentren casi exclusivamente en la zona ribereña del Uruguay al norte del río Negro, en tanto que los rompecabezas erizados, las hachas y los zoolitos predominan en la zona de la costa atlántica del Este, hace pensar que, además de la vía de penetración indicada por Muñoa, hubo otra por el Norte.

Pilón lítico fusiforme. Museo de Historia Natural.



Los zoolitos constituyen sin duda las piezas más interesantes. Se han hallado en nuestro país cinco ejemplares; tres de ellos representan incuestionablemente aves; uno que está incompleto figura para algunos un lagarto —para nosotros, también un ave— y el quinto, encontrado en Mercedes, una figura humana. Abundan en los *sambaquís* de Santa Catalina y Río Grande del Sur los zoolitos con forma de aves y peces. Hasta ahora, ninguna pieza pisciforme ha sido encontrada en nuestro suelo. Los antropolitos en cambio son raros; fuera del citado solamente se conoce uno que se halla en el Museo de Río de Janeiro y que en cuanto a calidades técnicas y estéticas puede considerarse inferior al de Mercedes.

La opinión referida de Muñoa de que los portadores de la cultura sambaquiana habrían llegado hasta la desembocadura del río Negro parece apoyarse en el hallazgo aislado del aludido antropolito. Restaría saber si el mismo no llegó allí en poder de grupos culturalmente diferentes que lo hubieran obtenido como botín de alguna expedición guerrera o por trueque.

Todos estos objetos presentan —por lo común en la región ventral— una depresión en forma de bandeja o mortero. El arqueólogo brasileño Netto hizo notar la similitud formal de los zoolitos con las tabletas de *paricá* amazónicas, que consisten en objetos planos, zoomorfos y también con una depresión en la cual se deposita hierbas alucinógenas molidas. Ello ha llevado a aceptar que tuvieran una utilidad similar (Serrano 1936: 185); otros ven en los zoolitos especies de bandejas de ofrendas semejantes a las existentes en otras áreas de América.

También han sido interpretadas como depósitos de polvos alucinógenos las piedras con hoyuelos que muchos consideran servían para partir el carozo de la palma *Butiá Capitata*. Curiosamente, estos *rompecocos* se encuentran de preferencia en las zonas de palmares; pero esa utilidad no ha sido demostrada y se tiende a considerarlos objetos rituales de significación desconocida.



Piedra con hoyuelos (rompecocos). Museo H. Natural

Tampoco existen hipótesis unánimemente aceptadas sobre la utilidad de los pilones fusiformes —a los que algunos atribuyen un simbolismo fálico, en tanto que otros los consideran insignias de mando— o la de las placas grabadas, a las que se clasifica como objetos votivos de diversa naturaleza.

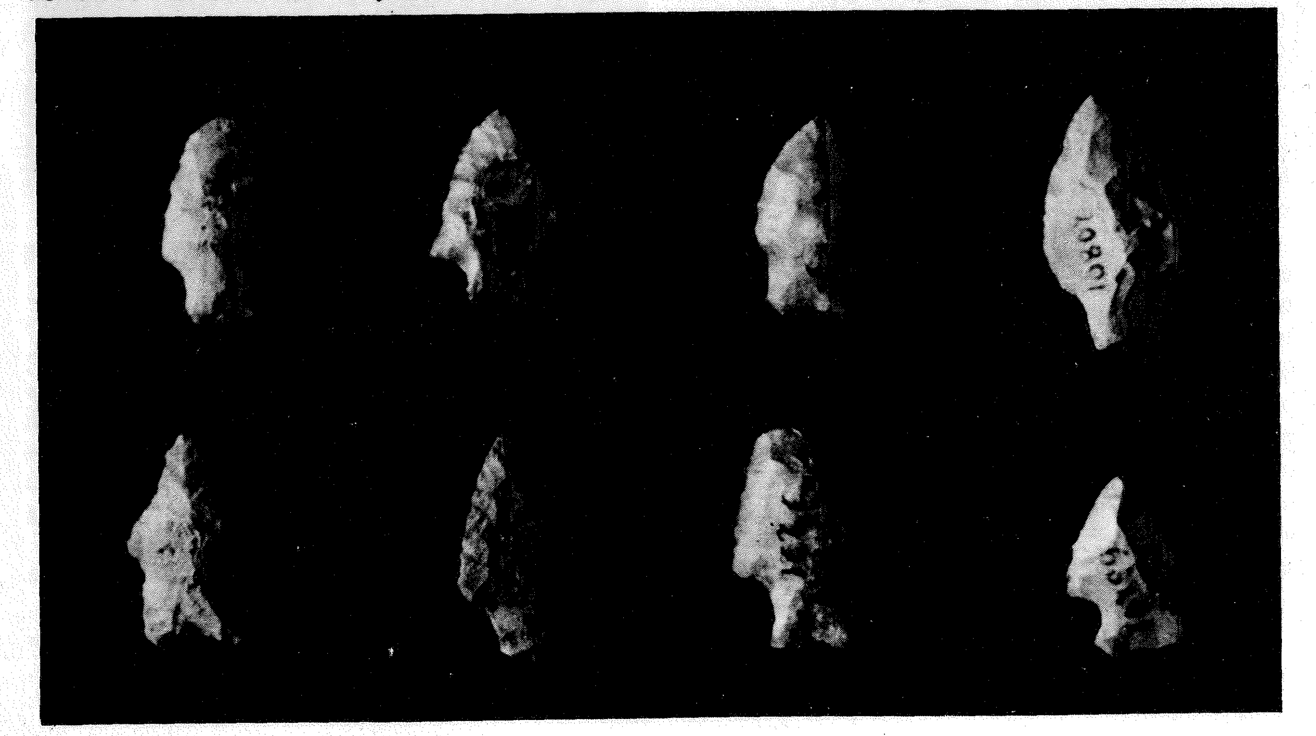
C) LA CULTURA DE VINCULACIONES PATAGONICAS

En este estrato se ubica cultural y cronológicamente la macro etnia charrúa. Las referencias dejadas por las fuentes históricas corresponden a éste y a los siguientes estratos culturales.

Ya hemos hablado del probable parentesco entre estos grupos y los de los cazadores inferiores epimiolíticos indicado por las vinculaciones patagónicas de su tecnología, caracterizada por una avanzada técnica de tallado de puntas y de pulido de bolas y rompecabezas. Vidart (1965) llama a estos pueblos "neolitizados"; considera que su arribo es contemporáneo al de los grupos de agricultores inferiores —para el que supone una antigüedad de 2.000 años a. C.— y adelanta el parecer de que hubieran tomado, por aculturación de los portadores de la cultura sambaquiana, una técnica superior de pulido de instrumentos líticos; y de los alfareros litoraleños de vinculaciones paranaenses, la cerámica.

Su movilidad fue muy grande; llegaron a cubrir prácticamente todo el territorio nacional, como lo prueban los hallazgos de sus instrumentos característicos. En épocas posteriores a la conquista su dispersión espacial fue mayor aun, al tiempo que la adopción creciente del instrumental metálico significó la pérdida de sus técnicas originales de trabajo de la piedra.

Puntas de flecha talladas en piedra de los antiguos indígenas del Uruguay. Museo de H. Natural.



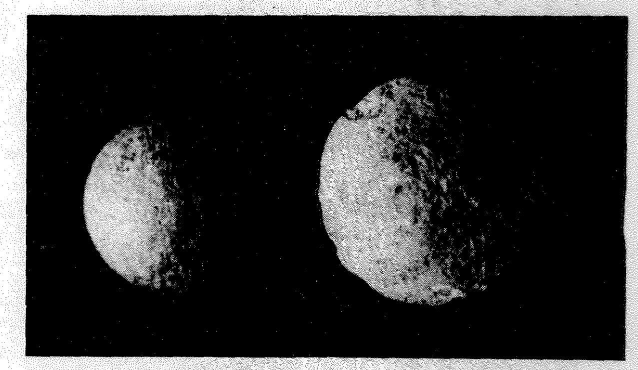
A estos grupos se atribuye la construcción de las sepulturas en los cerros llamadas *cairnes*, y de los *vichaderos*, cuyas funciones no son del todo conocidas.

La descripción de una industria de hueso (Figueira, J. J. y Rodríguez, D., 1964) morfológicamente afín a las del Solutrense y Magdaleniense europeos, hace suponer a Vidart (1965) que ella indicaría la presencia de un grupo distinto al de los cazadores superiores de vinculaciones patagónicas. Es verdad que en el Viejo Mundo este tipo de industria corresponde a cazadores superiores; Figueira (1965: 59) señala que en nuestro territorio la misma se ubica en el área de las "alfarerías gruesas", en el litoral del Uruguay. Ello nos lleva a pensar que tal vez esta industria de hueso forme parte del utilaje de una cultura cuya economía estuviera basada en una agricultura incipiente, asociada como es normal con la caza, como pudiera ser la de los chanaes. En tal caso, dicha industria debe situarse no en éste, sino en el siguiente nivel.

Los objetos más destacables de este complejo son puntas de arpón, ganchos de propulsores, un pendiente pisciforme y astas de ciervo perforadas en las que se ha creído ver ya bastones de mando, ya enderezadores de varas para flechas, ya broches para vestimenta.

LOS AGRICULTORES INFERIORES

Los yacimientos correspondientes a estos grupos se ubican en el litoral del río Uruguay, desde las islas del Salto Grande hasta su desembocadura en el estuario del Plata. Dos pueblos son los representantes del nivel de agricultores inferiores: los chaná-timbúes y chanaes, y los guaraníes.



Piedras lenticulares. Museo de Historia Natural.

Ambos dejaron una cerámica más elaborada, que desde el punto de vista etnológico se halla siempre relacionada con otros rasgos culturales correlativos: agricultura y sedentarismo. Dado su nivel primario esta modalidad socioeconómica no prescinde de otras actividades complementarias, como la caza y la pesca. En este sentido se admite, de modo general, que tales pueblos fueron canoeros.

Se considera que su llegada tuvo lugar más o menos en la misma época que los cazadores superiores de vinculaciones patagónicas.

LA CULTURA DE VINCULACIONES PARANAENSES

Sus yacimientos se encuentran en las zonas próximas a los ríos y consisten en elevaciones formadas por restos de comida, valvas de moluscos, huesos, trozos de cerámica, etc. Aunque han sido llamados generalmente "túmulos", estos paraderos elevados revelan una naturaleza y funcionalidad distinta, si bien a veces se han encontrado tumbas en ellos.

La denominación del estrato cultural fue dada por Serrano para indicar ciertas características de su cerámica que significarían, para este autor, modalidades de tipo arawacoide. Esta cerámica pre-

Trozos de cerámica con decoración incisa, isla Vizcaíno (Depto. de Soriano). Museo de H. Natural.

senta tres etapas en su evolución: "básica del litoral", alfarería sencilla, de fondo curvo, con decoración incisa de series de puntos o líneas y carente de vertederos y apéndices zoomorfos; la "plástica paranaense", en la que aparecen elementos propios de los arawak, como los apéndices zoomorfos y la inclusión en la pasta cerámica de espículas de esponja; y la "básica litoral persistente" que mantiene los estilos originales luego de la penetración de la modalidad plástica.

Acosta y Lara (1955: 8) considera el tipo "plástico paranaense" como propio de los timbúes, y el "básico persistente" como característico de los chanaes y beguaes.

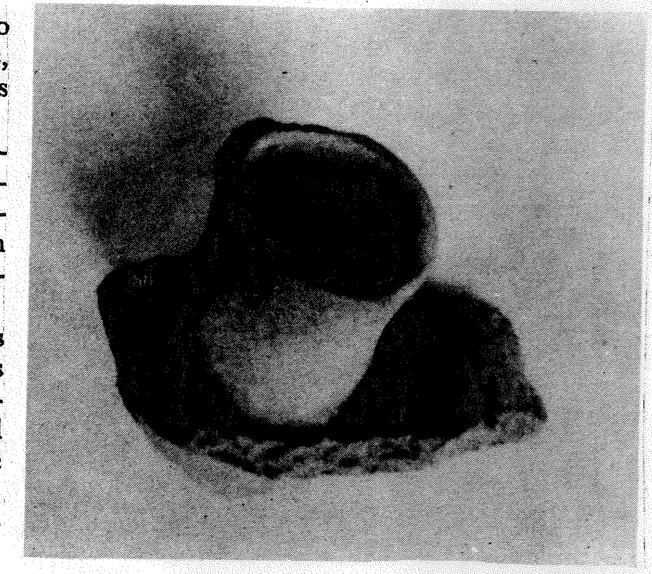
La alfarería de ambas modalidades se encuentra asociada, muchas veces con objetos de procedencia europea —cuentas de vidrio, trozos metálicos— lo que hace suponer que se encontraban en pleno florecimiento en el momento de la conquista.

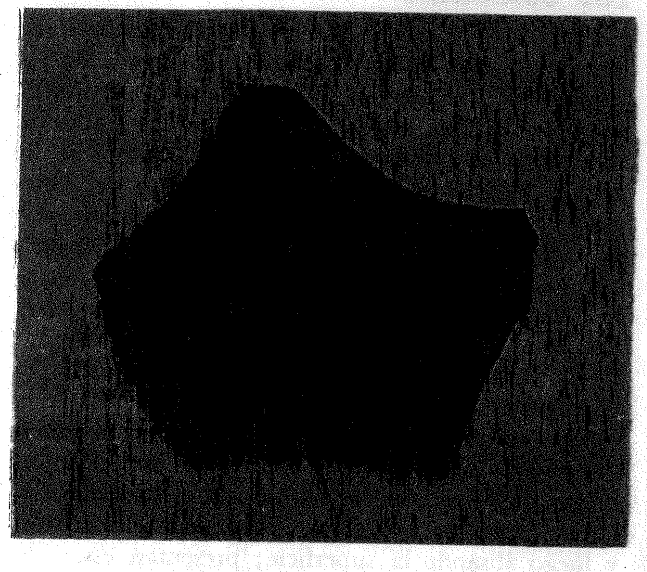
Dentro de la cerámica plástica se destacan las llamadas "alfarerías gruesas", consistentes en vasos campanuliformes o cilindriformes rematados comúnmente por un gran apéndice por lo general zoomorfo. Hasta ahora sólo se conocía un remate de campana antropomorfo (Arredondo, 1927: 37); al final de este trabajo ofrecemos una comunicación del Prof. Lucas Roselli sobre una hermosa pieza de alfarería gruesa antropomorfa de reciente hallazgo.

Pese a que existen referencias históricas sobre la práctica de una agricultura incipiente, los yacimientos arqueológicos de la boca del río Negro no han confirmado tales datos que, además, aludían a otras parcialidades de la macro etnia chanátimbú situadas en la región occidental del río Uruguay. Persiste por lo tanto la duda sobre si los distintos grupos emparentados culturalmente participarían del conjunto de complejos culturales señalados para los más evolucionados.

Aunque también se les atribuye el carácter de pescadores y navegantes, tampoco se han encontrado instrumentos de pesca —excepto algunos pocos arpones— ni canoas en nuestro territorio.

Los yacimientos de este estrato cultural han revelado una abundante industria de hueso y una escasa industria de piedra, para nada comparable con la que compone la cultura material de los cazadores de vinculaciones patagónicas.





Cerámica de las islas Vizcaíno e Infante, Soriano.



LOS GUARANIES

Este estrato cultural es tardío y su arribo debe situarse en una época posterior a la llegada de los pueblos de vinculaciones patagónicas y paranaenses. Aunque hay en nuestro país huellas claras de la cultura guaraní pre-hispánica, la misma se limita a algunos puntos del curso inferior del Uruguay y del litoral platense en los departamentos de Colonia y San José. Algunos autores consideran guaraníes también a los prácticamente desconocidos Arachanes, pobladores de la zona Este. Esta zona no ha sido casi explorada desde el punto de vista arqueológico y no ha ofrecido ningún objeto típico de factura guaraní.

La cultura material de estos grupos se distingue por la abundancia y calidad de su cerámica, la que muestra tres estilos. Uno es el llamado *liso,* cuyas piezas se modelaron superponiendo rodetes y luego alisando la superficie; presentan estos objetos un color oscuro a causa de la utilización de carbón y trozos de cerámica molidos. El segundo corresponde a la cerámica pintada que muestra sobre un fondo claro dibujos de líneas rojas o negras de formas geométricas variadas. El tercero es la cerámica corrugada o imbricada, técnica utilizada para unir los rodetes de arcilla mediante la presión del dedo que deja así marcas rítmicas. Se considera que los guaraníes tomaron esta técnica de otros pueblos.

Los objetos más característicos del estrato guaraní son las grandes urnas de chicha en las que practicaban el entierro secundario de los esqueletos ya descarnados.

Aunque estos pueblos fueron navegantes, no se ha hallado en nuestro territorio restos de sus embarcaciones. La única canoa encontrada en el limo de la boca del río Queguay es considerada de origen misionero, es decir, guaraní pero de una época posterior, en que el sistema de reducciones había modificado totalmente su cultura original.

LAS CULTURAS HISTORICAMENTE CONOCIDAS

LOS PUEBLOS INDIGENAS DEL URUGUAY EN EL CONTEXTO CONTINENTAL

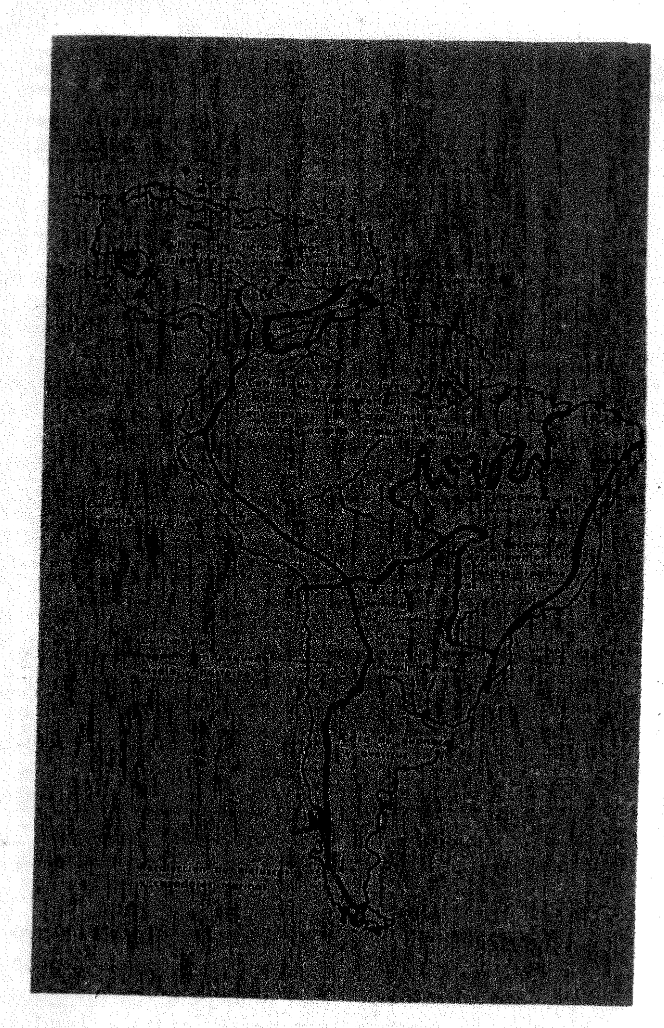
La observación de diferencias en los grupos aborígenes americanos dio nacimiento a clasificaciones de los mismos que por lo común han tomado en cuenta no sólo sus rasgos culturales sino, además, sus características físicas y lingüísticas.

La Antropología nace tarde dentro del concierto de las demás ramas del conocimiento. Ello hizo que la comparación y la ubicación de las culturas no se llevara a cabo hasta por lo menos mediados del siglo pasado. Con anterioridad a este momento se utilizaron criterios preclasificatorios burdos, que sólo tomaban en cuenta una determinada característica.

En los primeros tiempos de la conquista se consideraba la ausencia o la existencia de un poder centralizado, de antropofagia o agricultura. Más adelante, y en la medida en que se conceptuaba al indio en relación obligada con lo europeo, la única clasificación fue la de "cristianos" e "infieles" que tendría una larga resonancia. Autores como Azara —que describe una amplia gama de sociedades diferentes— eluden clasificarlas y se limitan a consignar la existencia de "naciones", las cuales no son vinculadas por sus similitudes aun cuando se las indica.

D'Orbigny, en las primeras décadas del siglo XIX, es quien primero intenta una clasificación de los pueblos americanos que incluye a los antiguos habitantes de nuestro territorio. Se trata fundamentalmente de una clasificación racial en la que se consideran, además, características culturales.

Este autor señala para América del Sur tres grandes conjuntos (razas) divididos a su vez en varios agrupamientos menores (ramas). Como parte de la idea de que las distintas denominaciones dadas a los antiguos pobladores de nuestro país



Áreas económicas indígenas según Steward y Faron

designaban "tribus" de una misma "nación" —la charrúa— los integrantes de aquélla son los únicos mencionados en su cuadro clasificatorio.

Estos indígenas pertenecen para D'Orbigny a la rama Pampeana de la raza Pampeana, la que es distinguida por las siguientes características: "color moreno oliva o castaño pronunciado. Estatura media, 1 metro 688 milímetros. Formas hercúleas. Frente comba. Rostro ancho, aplastado. Nariz muy corta y chata, de fosas anchas y abiertas. Boca muy grande. Labios gruesos y muy salientes. Ojos horizontales, a veces cerrados en el ángulo exterior. Pómulos salientes. Rasgos masculinos y pronunciados. Fisonomía fría, generalmente feroz".

Se deja ver que la determinación de características físicas responde a un criterio superficial, pero el destaque que a continuación hace de rasgos culturales similares entre los pueblos cazadores de la Patagonia, el Chaco y el Uruguay significa un importante aporte. Alude así a los ritos fúnebres consistentes en ayunos, mutilaciones dactilares y heridas, y a la designación de jefes temporarios para la guerra. La lista de rasgos culturales comunes puede ser ampliada por muchos otros como, por ejemplo, la existencia de capas de pieles pintadas, de carcajes de cuero, de boleadoras, de chozas de tipo *paravientos*, del arco musical sin resonador y de técnicas shamánicas.

El establecimiento de estas vinculaciones constituye un acierto del gran sabio francés, confirmado por posteriores estudios etnológicos y arqueológicos que dieron amplia boga a su idea clasificatoria.

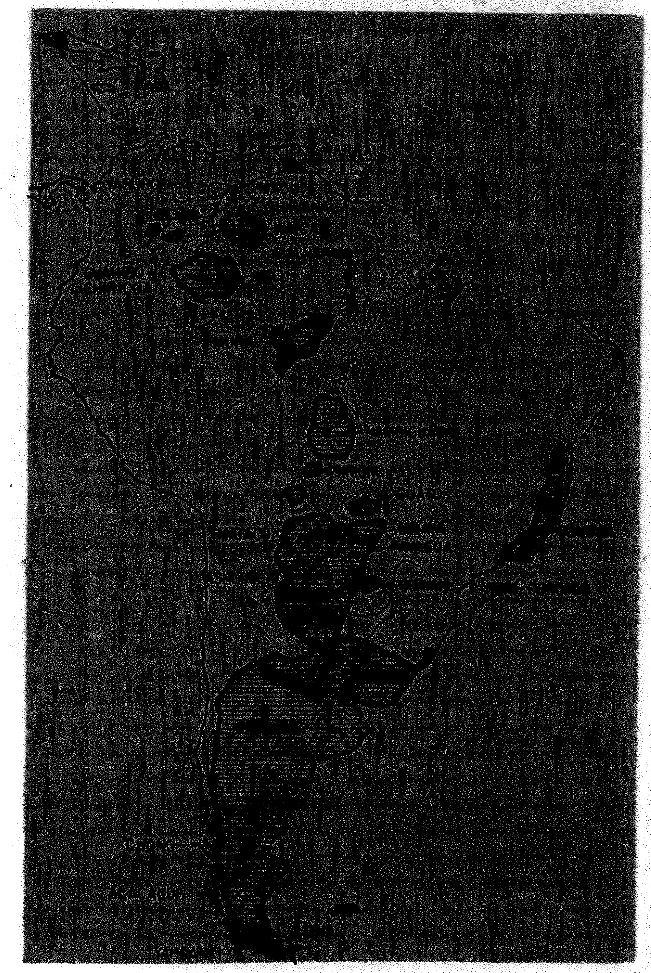
Las clasificaciones más modernas, aunque por lo común manejan a la vez criterios radiológicos, lingüísticos y económicos, tienden a delimitar como principio macro clasificatorio grandes áreas culturales caracterizadas por los modos de adaptarse a la naturaleza que en ellas prevalecieron, dentro de las cuales juegan las distinciones aportadas por los otros criterios. Es evidente que un sistema adaptativo está en gran parte determinado —cuando se trata de estudios culturales inferiores a la civilización— por la realidad geográfica y se halla en íntima correspondencia con ella. Se tiende así a manejar dos criterios clasificatorios: o bien se da predominancia a la regionalización geográfica, dentro de la cual se ubican luego las variantes económico-culturales, o por el contrario se determinan zonas económico-culturales que abarcan diversas regiones geográficas. En uno se busca destacar las relaciones de vecindad y en el otro los fenómenos culturales paralelos.

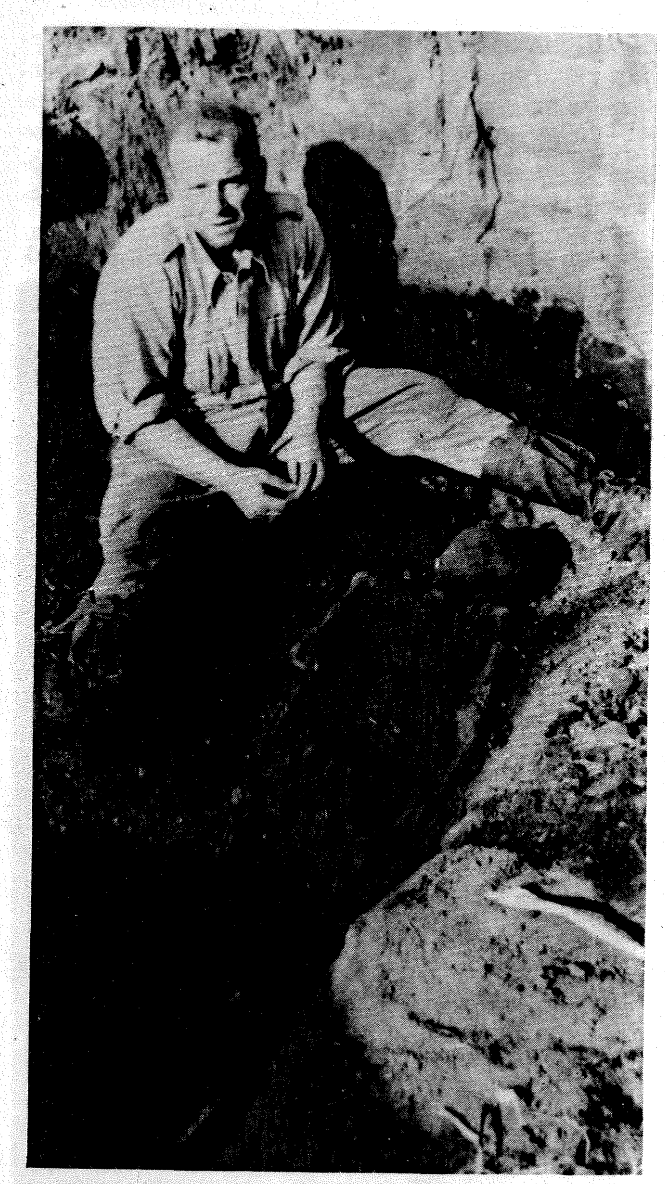
Dentro del primer criterio, Serrano (1947) divide el territorio de la Argentina en siete grandes zonas geográficas, indicando los pueblos que las ocupan. En la correspondiente a los "pueblos del litoral" coloca cuatro grupos culturales indígenas que habitaron en ella: chanaes, charrúas, guaraníes y guayanás. Como ejemplo del segundo criterio tenemos la clasificación de Palavecino (1948), quien señala tres grandes formaciones culturales —protoculturas, agricultores de tipo amazónico del Litoral y el Chaco, y agricultores andinos— dentro de las cuales ubica a los pueblos correspondientes. El grupo charrúa-querandí aparece clasificado dentro de las protoculturas —pueblos cazadores y recolectores— en la amplia área de los "cazadores de guanacos de la Tierra del Fuego, Patagonia y Pampas". Los pueblos del Chaco, aunque clasificados también entre las protoculturas, son desvinculados de los grupos de cazadores australes. Otros autores —como Krikeberg (1946) —separan a los charrúas de los cazadores de las tierras del Sur, englobándolos en el complejo cultural chaqueño.

Vemos pues que el esquema comprensivo de D'Orbigny se reitera en la medida en que la moderna etnología adopta los criterios económicos para fundar las clasificaciones.

En los esquemas más modernos de determinación de áreas culturales los habitantes de nuestro país, por la predominancia que entre ellos tuvieron los grupos de economía predatoria son normalmente considerados dentro de la gran área cultural que en el sur de América ocuparon los pueblos cazadores, a los que Steward (1946) coloca en la categoría de "pueblos marginales". De-

Nómades de economía predatoria. (Steward y Faron)





El arqueólogo Antonio Taddei exhuma un esqueleto en el túmulo de Colonia Concordia, Soriano.

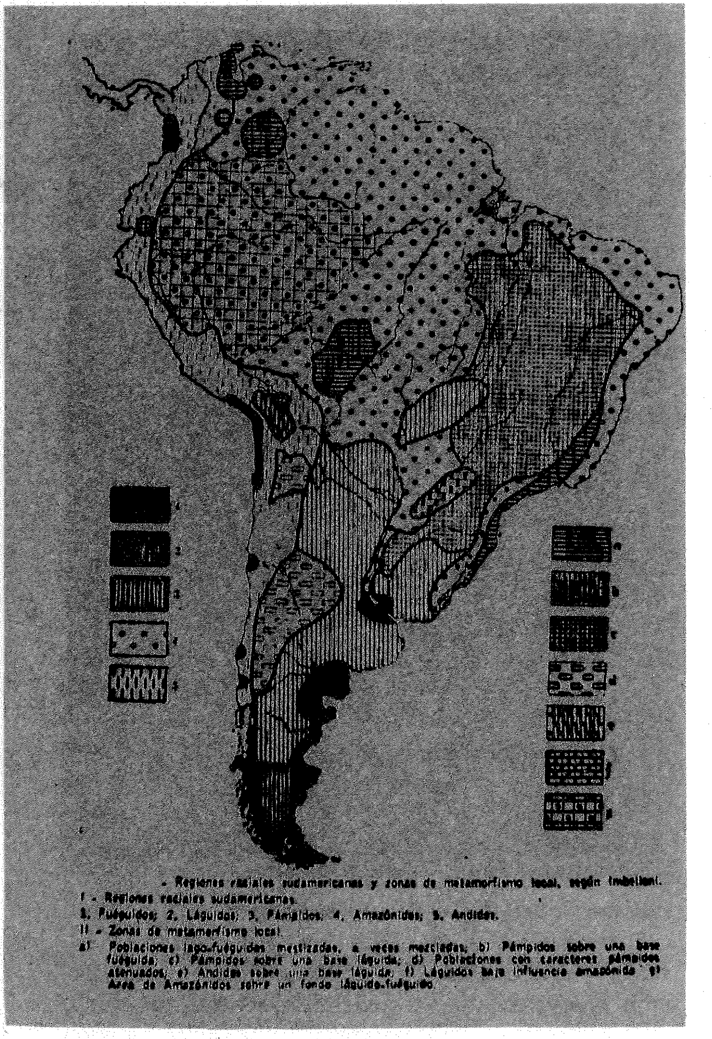
bemos sin embargo recordar que existieron también en este territorio pequeñas inclusiones de grupos cuya subsistencia se basaba en un tipo de agricultura incipiente complementada con caza y colecta.

LA CLASIFICACION RACIOLOGICA DE LOS GRUPOS

A partir de la referida clasificación de D'Orbigny, para quien las particularidades físicas de los pueblos cazadores del Sur motivan la creación de una "raza pampeana", se han elaborado otras que, por lo general, han afinado aquella idea sin modificarla. En las clasificaciones antropológicas más recientes han desempeñado un importante papel las hipótesis que atribuyen el poblamiento primitivo de América a la llegada en épocas distintas de oleadas sucesivas compuestas por grupos física y culturalmente diferenciables. Haremos solamente referencia a la de Imbelloni, por ser una de las más aceptadas y la única con cuyos supuestos se han realizado los escasísimos estudios de antropología física en nuestro país.

Considera Imbelloni (1958) que el aporte racial predominante corresponde a la raza pámpida (macro etnia charrúa). La misma se extendió por nuestro territorio, un sector de Mato Grosso, el bosque y la sabana del Chaco, las estepas y mesetas del Sur y una porción de la Tierra del Fuego. Señala también para el territorio uruguayo la intrusión de pueblos amazónidos (guaraníes), procedentes del Norte por la región costera atlántica y por la vía del Paraná; y una pequeña zona de "metamorfismo local" en la que indica la existencia de una base láguida en las poblaciones pámpidas.

Sintetizando los rasgos genéricos de los aludidos grupos podemos decir que los pámpidos presentan una estatura alta, cráneo dolicomorfo, rostro alargado de pómulos poderosos, mentón grueso y saliente, porte atlético, pigmentación intensa, ojos oscuros, pelo duro y liso, dimorfismo sexual en la fisonomía casi inexistente. Los amazónidos se distinguen por su estatura media y baja, cráneo moderadamente dolicoide con tendencia a la braquicefalia, cuerpo robusto de tórax amplio, hombros, cuello y brazos bien desarrollados y piernas relativamente cortas y débiles, ausencia de cintura en las mujeres, rostro sin rasgos salientes, color cutáneo de fondo amarillento.



Grupos raciales sudamericanos según Imbelloni.

A juzgar por las descripciones que poseemos de los indígenas de nuestra tierra su tipo físico respondería a la caracterización que hace Imbelloni de los pámpidos. Debemos recordar sin embargo que únicamente D'Orbigny realizó mediciones *in vivo* de los mismos, y que éstas, incluso, fueron tomadas a un conjunto de muy pocos individuos. Los contados estudios de los esqueletos pertenecientes a los aborígenes no permiten, por el momento, confirmar las hipótesis expuestas. Basta decir que existen apenas cinco estudios del tipo indicado:

a) las fotografías de los cráneos y esqueletos extraídos de la zona del arroyo San Luis en Rocha, publicadas por J. H. Figueira (1892) que no dejó estudios de los mismos;

b) las descripciones de algunos cráneos del Dpto. de Maldonado hechas por C. Seijo (1923);

c) el análisis realizado por Rivet (1930) del esqueleto del cacique Vaimaca Perú, uno de los indios llevados a Francia en 1833;

d) los trabajos antropométricos de Muñoa (1954) practicados en una pequeña serie de restos óseos exhumados a fines del siglo pasado, procedentes de la cuenca de la laguna Merín y zonas adyacentes, que debe considerarse el mejor trabajo hasta la fecha;

e) las mediciones efectuadas por los Dres. Jaureguy, Matteo y Soto (1956) de un esqueleto infantil extraído por Taddei de un túmulo situado en la colonia Concordia, Dpto. de Soriano.

EL PROBLEMA DE LAS LENGUAS INDIGENAS DEL AREA

El conocimiento de las lenguas de los grupos no guaraníes es también muy pobre, aunque mayor que el que se tiene de otras lenguas a las que se ha considerado emparentadas, como las de la familia lingüística pampa (guénaken y querandí). El inventario de términos conocidos no llega en total a 100 palabras.

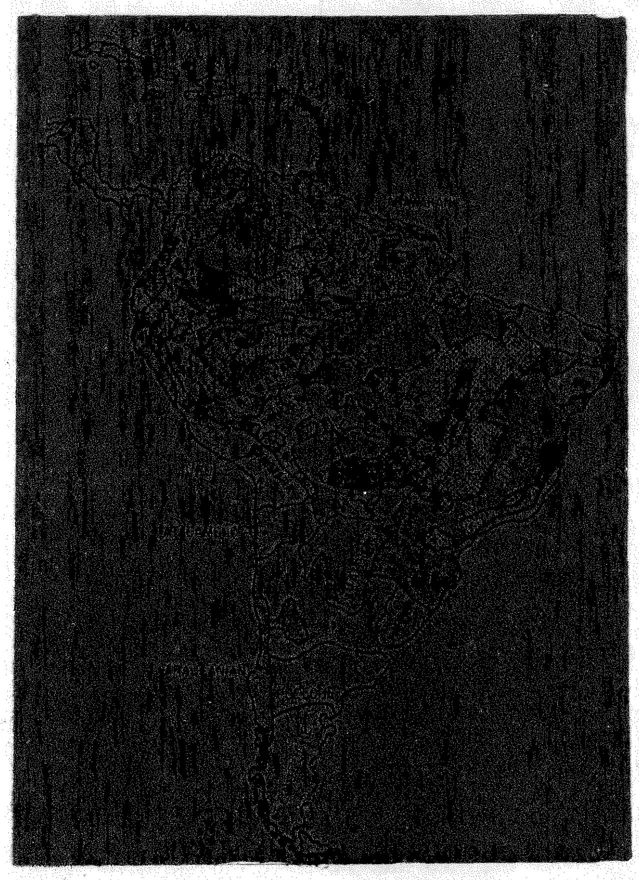
Fuera de unas pocas frases supuestamente charrúas consignadas por Thevet en su *Cosmographie Universelle* de 1575, de atribución muy dudosa, y de algunos nombres propios pretendidamente charrúas tomados por Rona de archivos misioneros, los materiales que restan son los siguientes:

1º) Un fragmento de catecismo en lengua guenoa compuesto de 19 frases incluido por Hervás en su *Catálogo de las Lenguas,* publicado en 1800.

2º) Un limitado conjunto de palabras recogido por Larrañaga en Soriano, que constan en su *Compendio del Idioma de la Nación Chaná* junto con el cual compuso un vocabulario que se ha perdido y al que Canals Frau (1953: 249) considera, por ciertos datos del *Diario* del capitán Juan Francisco Aguirre de 1793, como formado por términos bohanes y no chanaes.

3º) Dos vocabularios recogidos por el Dr. Teodoro Vilardebó en 1841 del Sargento Mayor Benito Silva, y en 1842 de una "china de Don Manuel Arias", que constan respectivamente de 31 y de 20 voces y dos frases. Estos léxicos, pese a su pequeñez, son los más importantes; su conocimiento es relativamente reciente ya que fueron publicados por primera vez en 1937.

Dos problemas deben ser deslindados: el primero, si entre las lenguas habladas por los cha-



Lenguas indígenas sudamericanas según Greeberg.

rrúas y los chanaes puede establecerse una relación que permita designar el conjunto linüístico como "lengua chaná-charrúa", como lo hicieron Outes y Serrano. De aceptarse los argumentos de Canals Frau a que aludimos, la conclusión es que sólo contamos con una material lingüístico propio de la macro etnia charrúa —lo que tal vez suponga diferencias dialectales para sus parcialidades— pero carecemos de elementos sobre la lengua de la etnia chaná así como de las de otras etnias emparentadas.

El segundo problema se refiere a la filiación lingüística de los grupos; en este sentido las posiciones han sido muy variadas. Azara decía que los grupos hablaban lenguas diferentes; pese a ello —y a otras muchas referencias de época, especialmente de origen jesuítico— la opinión que prevaleció entre los historiadores del siglo pasado como De la Sota y Bauzá, también compartida por algún testigo directo como el Gral. Díaz y por autores más modernos, como Araújo y Arredondo, fue la de atribuir filiación guaraní a sus lenguajes. Esta atribución, actualmente insostenible, parece haber nacido del desconocimiento de los materiales pertinentes, así como de un doble error. Por un lado, considerar que los nombres de las parcialidades —de indudable procedencia guaraní— correspondían a las designaciones que aquéllas se daban a sí mismas, olvidando que les habían sido otorgadas por los intérpretes guaraníes de que se servían los españoles. Por el otro, creer que la toponimia nacional —casi toda guaraní— tenía un origen pre-hispánico. La misma fue establecida en tiempos posteriores a la conquista por baqueanos guaraníes, y también por la penetración en el territorio de indios de este origen venidos de los pueblos de las Misiones en pos de los ganados, ya se tratara de vaquerías dirigidas por los jesuitas, ya de indios escapados de las reducciones. Una serie de hechos lleva a pensar que hasta bastante avanzado el siglo XIX el idioma predominante en la campaña de nuestro país y en las zonas linderas fue el guaraní, y que su sustitución por el español y el portugués fue el resultado del proceso de expansión de la cultura de los centros urbanos y del aumento de la emigración ibérica.

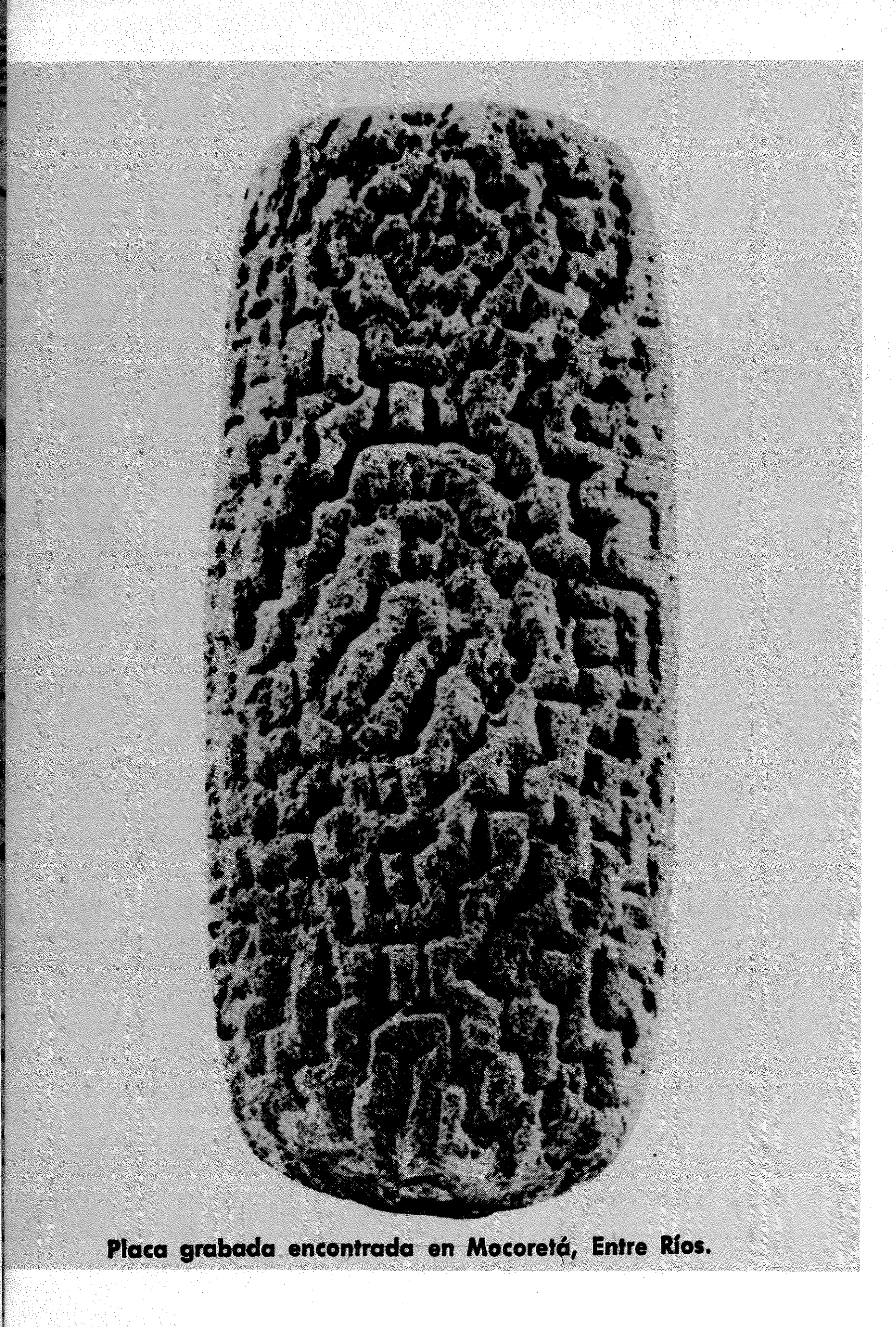
Un error vinculado con los anteriores ha consistido en interpretar mal algunas fuentes que señalan la utilización del guaraní por los charrúas como lengua de relación con los hispanoparlantes, y en creer que aquél era sú idioma propio. Fueron los conquistadores y los misioneros los que dieron al guaraní una difusión que no conoció al principio. Sin embargo, no sabemos si, en tiempos prehispánicos, los distintos grupos indígenas hablantes de idiomas no guaraníes se sirvieron de éste como lengua de entendimiento común. El hecho de que las primeras expediciones tuvieran lenguaraces guaraníes para comunicarse con los indígenas del área y que éstos los comprendieran, puede servir de base a esta conjetura.

Distintas filiaciones se han sostenido para la lengua charrúa: Lafone-Quevedo y Schuller la guaycurú, Benigno Martínez la patagónica, Serrano la kaingang y Perea y Alonso la arawak. Esta última tesis contó en su momento con un éxito mayor que las otras, pero ha sido cuestionada con sólidos argumentos. (Blixen, 1956). Los lingüistas actuales vinculan el charrúa a las lenguas de los cazadores pampeanos o retoman la idea de Schuller —ya expuesta por Brinton en 1891— relacionándola con las lenguas chaqueñas, como Ferrario (según Rona, 1964: 20), que establece semejanzas entre el charrúa y la sub familia lingüística mataco-macá, el mismo Rona, que clasifica el charrúa dentro de la sub familia lule-vilela, o Mc Quown y Greenberg, que lo incluyen en la familia macro-guaycurú como perteneciente a una sub familia no clasificada.

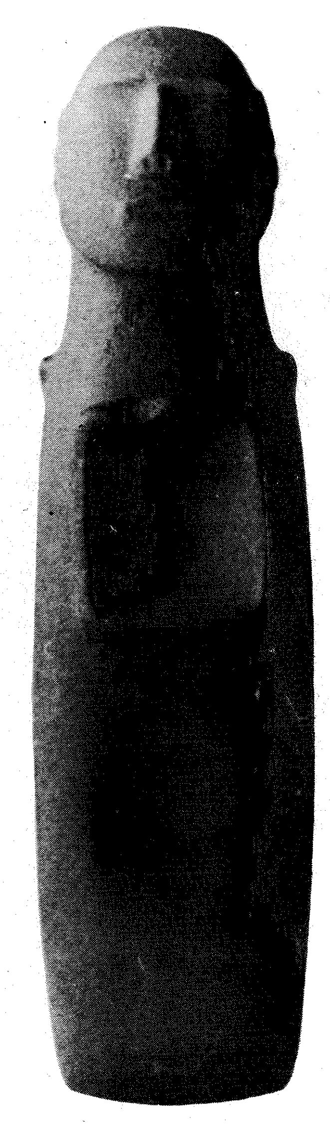
Dado el estado actual del problema parece juicioso considerar el charrúa como lengua aislada, correspondiente a una familia lingüística desconocida. Así lo han sostenido Rivet y Loukotka, Blixen y Tovar. Esta posición, además, resulta acorde con la de las fuentes de época que señalaron la desemejanza de las lenguas de la macro etnia charrúa con otras.



Mortero de piedra con su mano, perteneciente a la colección del Museo de Historia Natural.



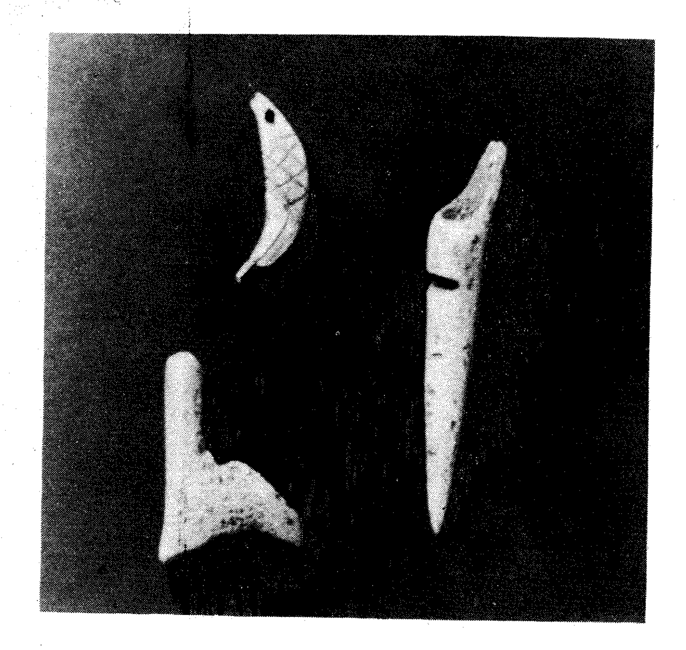
Placa grabada encontrada en Mocoretá, Entre Ríos.



Antropolito de Mercedes.
Museo de Historia Natural.

Urna funeraria guaraní de cerámica imbricada procedente de Isla Vizcaíno. Soriano. M. de H. Natural.

Rompecabeza en piedra pulida de diez puntas. Colección Gallinal actualmente en el Museo Histórico.

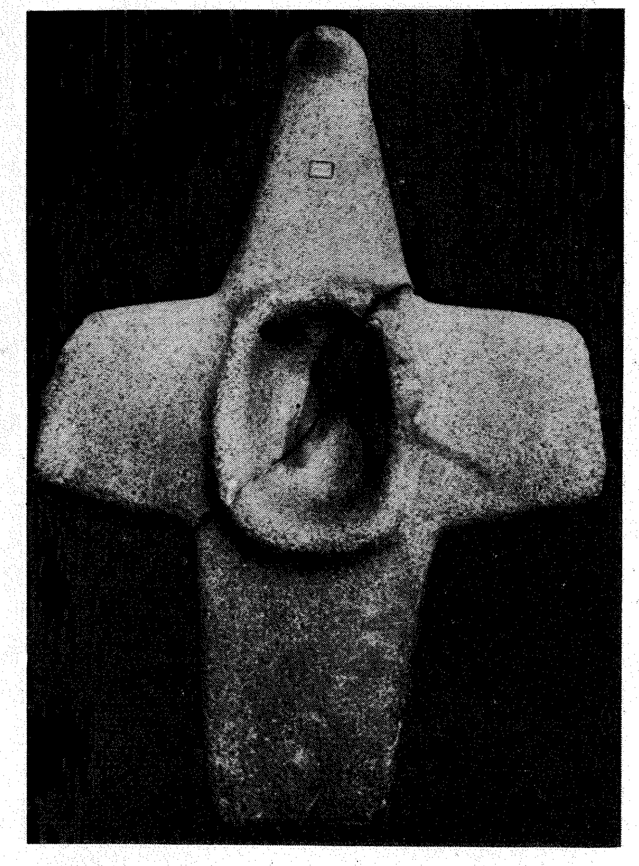




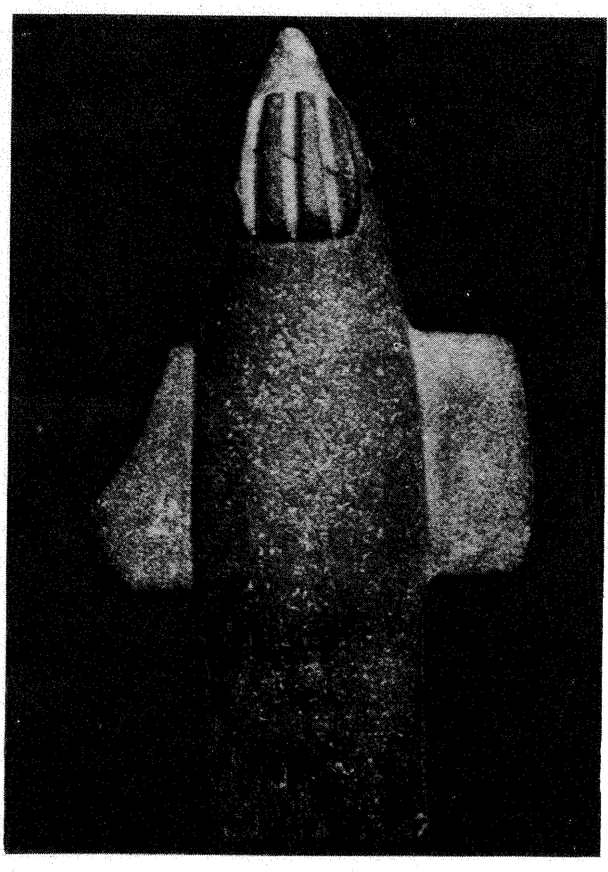


ARRIBA IZQUIERDA: soporte de propulsor, arpón y amuleto de hueso de Campo Morgan, Río Negro.

ARRIBA DERECHA: fragmento cerámico de la Isla Vizcaíno. **ABAJO:** asta de cérvido perforada de la Isla Naranjo. Colección del Museo de H. Natural.



Ornitolito de Balizas, Rocha. Museo Histórico Nal.



Ornitolito del Cabo Polonio, Rocha. M. Histórico.



DERECHA ARRIBA: Zoolito de San Luis, Rocha. M. Histórico.

DERECHA ABAJO: Ornitolito del Tacuarí, Cerro Largo.

Los indios timbúes según el grabado publicado en la edición de 1602 de la obra de Ulrich Schmidel.

LAS DENOMINACIONES DE LAS ETNIAS ABORIGENES

Cuando se habla de los indígenas del Uruguay todos evocamos los mapas etnográficos escolares en los que aparecen los nombres de charrúas, yaros, bohanes, guenoas, minuanes, chanaes y arachanes, cada uno situado en la zona que supuestamente ocuparon. Descartado el hecho de que tales mapas comportan muchos desajustes espaciotemporales por mezclar las ubicaciones que tuvieron los grupos en épocas distintas, hemos de ver qué realidades sociales y culturales suponen tantos nombres, es decir, si efectivamente habitaron nuestro país tantos pueblos diferentes.

En las primeras fuentes históricas sólo aparecen mencionados los charrúas —también llamados charruases, charrusíes, zechurruas y jacroas— en el Sur del territorio, mientras en la zona del litoral del Uruguay, aguas abajo de la boca del río Negro, así como en las costas platenses hasta el río Santa Lucía, se señala la presencia de chanaes y guaraníes.

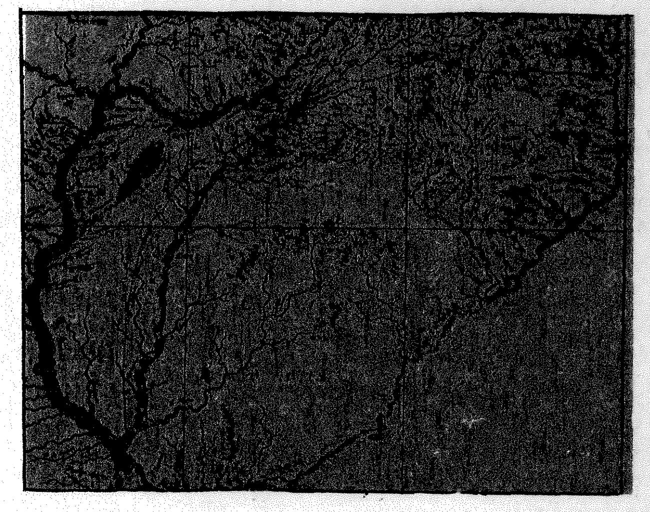
El problema de si coexistían grupos étnicos distintos fue más bien soslayado por las fuentes, que adoptaron criterios simplistas de clasificación. Azara destaca que charrúas, yaros, bohanes, chanaes y minuanos constituían "naciones" diferentes, poseedoras incluso de lenguajes propios.

Pese a esta afirmación, D'Orbigny, atendiendo a las similitudes culturales de las parcialidades —ya de antiguo señaladas especialmente por las fuentes jesuíticas— sostuvo que todas ellas integraban la "nación charrúa", y que esos variados nombres designaban "tribus" de la misma. La idea de una macro etnia charrúa ha sido desde entonces aceptada aunque no con la configuración dada por el citado autor.

Hemos expuesto ya la dificultades que ofrece el deslinde de los pueblos indígenas cuando se parte de las denominaciones atribuidas por el conquistador, y cómo el nomadismo de aquéllos aumentó la confusiones. Así, grupos indígenas de Entre Ríos, que son considerados charrúas, reciben los nombres de cloyás, martidanes, manchedos, guayantiranes, balomares, etc., muchos de los cuales aparecen en la región indicada recién en mapas de mediados del siglo XVIII. Del mismo modo, la ubicación de los nombres más familiares de charrúas, minuanes, bohanes, guenoas y yaros varía en los documentos y en la cartografía en razón de los desplazamientos cumplidos hacia una y otra banda del río Uruguay.

Comúnmente se ha aceptado que la macro etnia charrúa se componía de estas cinco parcialidades, aunque ya Hervás en el siglo XVIII sostenía que el nombre genérico era el de guenoas, al decir que "los indios llamados yaros, son tribus de la nación guenoa, y se cree que también lo sean las naciones de los minuanes, bohanes y cha-

Carta jesuítica anónima de mediados del S. XVII.





Carta del S. XVII atribuida a Diego de Torres.

rrúas"; del Techo a su vez aclara que "minuanes era el nombre que daban los españoles a los guenoas".

La afirmación de Hervás no ha sido en general seguida; en cambio ha predominado el parecer de que efectivamente minuanes y guenoas —a los que también se llama güenoes, guinoas, guenoanes, guinuanes y binuanes— deben ser considerados como una única entidad cuyo nombre más apropiado sería el de guinuanes. Tantas denominaciones diferentes se deberían a la arbitraria escritura con que se transcribían los nombres indígenas.

Se ha sostenido también (Canals Frau, 1953; Figueira, 1965) que los yaros o yarós se diferenciaban racial, lingüística y culturalmente de los charrúas y que tenían un *habitat* distinto del de éstos, por lo que desde el punto de vista étnico debería vinculárselos con los guayanás (kaingang). Esta posición debe ser considerada una mera hipótesis.

A los chanaes también se les ha emparentado con los charrúas, como lo hizo Serrano, aunque después modificó esa opinión. Su *habitat* era más extenso de lo que se supone corrientemente; ocupaban no sólo las márgenes del Uruguay y sus islas, sino el área del Paraná en zonas situadas en las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires. La etnia chaná comprende varias entidades a cuya denominación se antepone generalmente este nombre, —como los timbúes o atembures, y los beguaes o mbeguas— y otros grupos de las provincias argentinas mencionadas, tales como los corondas, mepenes, mocoretás, quiloagas, calchines, caracarás. Acosta y Lara sugiere la designación genérica de chaná-timbúes para ellos.

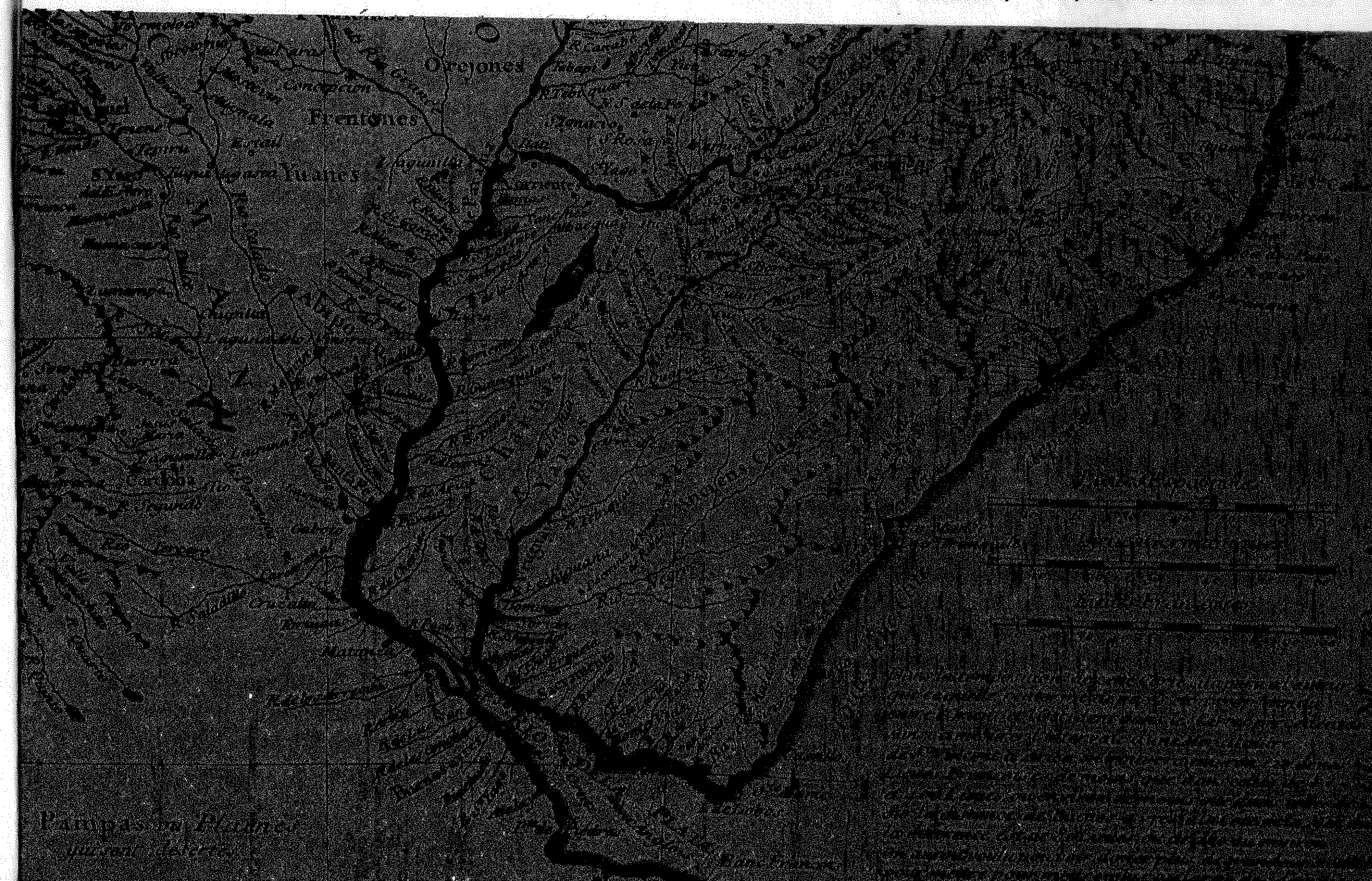
Las características culturales de los chanaes no justifican una vinculación con los charrúas, y el señalamiento de rasgos culturales similares sólo puede deberse a una tipificación incorrecta en alguna fuente que consideró chanaes a indios que eran en realidad charrúas; a menos que se admita la adquisición de esos rasgos extraños por aculturación con grupos charrúas. Se ha indicado además la existencia de un proceso de guaranización de los chanaes (Acosta y Lara, 1955) previo a la llegada de los españoles, acentuado luego por obra de la vida común en la reducción de Soriano.

De los arachanes o arechanes poco y nada sabemos, ya que la única y lejana referencia que existe es un fragmento de Ruy Díaz de Guzmán de 1612 por completo insuficiente y en la que consigna un número exageradísimo de integrantes. Dice este autor: "Las riberas de Río Grande están pobladas por más de 20.000 indios Guaraníes, que los de aquella tierra llaman Arachanes, no porque en las costumbres y lenguajes se diferencien de los demás de esta nación, sino porque traen el cabello revuelto y encrespado para arriba. Es gente muy dispuesta y corpulenta y ordinariamente tienen guerra con los indios Charrúas...". Muñoa les atribuye un origen guayaná. No nos parece que pueda llegarse a una certeza siquiera mediana sobre este grupo; lo único que honestamente puede anotarse del mismo es que la referencia transcripta lo menciona con ese nombre. La seriedad documental del texto deja muchas dudas, y su valor etnográfico es nulo.

En conclusión, podemos señalar a partir de la época de la conquista tres entidades culturales perfectamente diferenciables:

I) La macro etnia charrúa, compuesta en nuestro país por los charrúas propiamente dichos, los guinuanes, los bohanes —también llamados bohanés, mbohanes, bojanes y mojanes— y los yaros, y en las zonas próximas de la Argentina por otras parcialidades que recibieron denominaciones variadas. De todos estos grupos el único susceptible de ser considerado como etnia diferenciada es el de los yaros, siempre que sobre el punto se aporten datos más concluyentes. No creemos que los datos que se poseen autoricen a considerar estas

Mapa de la región rioplatense publicado en las "Lettres édifiantes et curieuses", París, 1734.



parcialidades como "fratrías" en el sentido que Morgan le dio a este término.

El nivel cultural de las entidades componentes de la macro etnia charrúa era el de los cazadores superiores, presentando rasgos comunes con los otros pueblos también cazadores del Chaco, Pampa y Patagonia.

II) Los chanaes, entidad perteneciente a la macro etnia chaná-timbú cuyo *habitat* se sitúa preferentemente al occidente del río Uruguay. Su nivel cultural correspondía probablemente a una etapa de tránsito entre la economía basada en la caza a distancia (arco) y probablemente la pesca, y la agricultura incipiente.

III) Los enclaves guaraníes situados en el bajo Uruguay y en las costas del Plata hasta la desembocadura del Santa Lucía, formados por pueblos de este origen procedentes de la región del Delta del Paraná. Se ubican también en el nivel de los agricultores inferiores aunque en un grado más alto que el correspondiente a los chanaes.

Aparte de su completa y temprana desaparición no creemos que los datos que se tienen de los atachanes autoricen a incluirlos en esta etnia.

MOVILIDAD Y UBICACION DE LAS PARCIALIDADES

Las operaciones punitivas que llevaron españoles y portugueses contra los indígenas a lo largo de tres siglos los obligaron a desplazarse a veces a lugares muy alejados de sus comarcas originales.

Hemos visto ya que la macro etnia charrúa ocupaba al momento de la conquista no sólo gran parte del territorio actual de nuestro país, sino también amplias zonas de la actual provincia de Entre Ríos. En esta extensa área tenían lugar las incursiones a que su sistema económico los obligaba. Las correrías de los charrúas propiamente dichos cubrían, según Azara, una franja paralela a la costa del Plata desde la desembocadura del Uruguay hasta Maldonado, de unos 150 Kmts. de ancho. Esta tierra es la que los documentos antiguos llaman muchas veces "Banda de los Charrúas".

Los minuanes se situaban en aquella época en Entre Ríos, en tanto que los guenoas —usamos ambas denominaciones en sentido tradicional— y los cloyas, que parecen ser una pequeña fracción de éstos, ocupaban la región N. O. de la Banda Oriental y las tierras del S. O. de lo que hoy es el Estado de Río Grande del Sur. Los yaros habitaban la margen oriental del Uruguay al Sur del río Negro. Los bohanes componían presumiblemente un grupo reducido ubicado entre los ríos Negro y Daymán.

Ya en el siglo XVII, al aumentar los ganados en las estancias entrerrianas, algunos grupos procedentes de la Banda Oriental pasaron a la margen occidental del Uruguay. Los mapas jesuíticos de esta época y de principios del siglo XVIII colocan allí a los yaros.

Por otro lado, las persecuciones de los españoles hicieron que los minuanes pasaran hacia este lado del Uruguay a mediados del siglo XVIII uniéndose a los charrúas propiamente dichos, que a su vez se retiran al norte del río Negro. La cartografía de este período los designa como "antiguos charrúas", en tanto que los minuanes recién llegados son muchas veces llamados charrúas a secas.

Parecería que los desplazamientos de estos grupos se acentuaron hasta cubrir un área muy vasta al promediar el siglo XVIII. Abundan las referencias que señalan a los charrúas como autores de actos de pillaje en la zona del Paraná, y en 1750 se funda con ellos la reducción de Cayastá, cercana a Santa Fe. Por estas fechas, los guenoas descienden de la zona del Cuareim estableciéndose en las cercanías de Castillos (Depto. de Rocha).

Hacia el fin del siglo XVIII los bohanes, según Aguirre, se integraron a la población mestiza de Santo Domingo de Soriano, antigua reducción chaná. Azara pretende que fueron exterminados por los charrúas lo mismo que los yaros, dato que recoge también Oyarvide en 1801 de un sobreviviente chaná. De todos modos, las referencias a muchos grupos desaparecen a partir de aquella época. Las luchas entre parcialidades de la misma etnia —probablemente existente desde tiempos pre hispánico— se acentuaron en este siglo, sobre todo entre los grupos charrúas merodeadores de la región de Santa Fe, cuyo sistema de vida principal consistía en el saqueo y la captura de otros indígenas para venderlos como esclavos. Sallaberry (1926) ha documentado el *maloqueo* incluso sobre otros grupos también charrúas, lo que demuestra el avanzado grado de disolución en que se encontraban las etnias aborígenes adscriptas al mundo de los conquistadores.

En los documentos de finales del siglo XVIII y de principios del XIX los únicos indígenas mencionados —y muchas veces confundidos— son los charrúas y minuanes, que se han corrido hacia el Norte, a la región meridional de Río Grande del Sur.

Los chanaes, según Azara, se encontraban en la época de la llegada de los conquistadores en las islas del río Uruguay frente al río Negro, posición que los pondría a cubierto de la hostilidad de sus vecinos. Pasaron luego a la costa oriental más al Sur al abandonar los españoles San Salvador, pero, acosados por los charrúas, volvieron a las islas. Entre 1624 y 1632 se funda la reducción de Santo Domingo de Soriano con contingentes chanaes a los que se agregaron indios guaraníes.

Hacia principios del siglo XVIII los chanaes se encontraban en proceso de rápida extinción. Azara afirma que ésta fue obra de los charrúas, pero parece más verosímil pensar que se debió a las enfermedades traídas por los europeos (Acosta y Lara, 1955: 23).

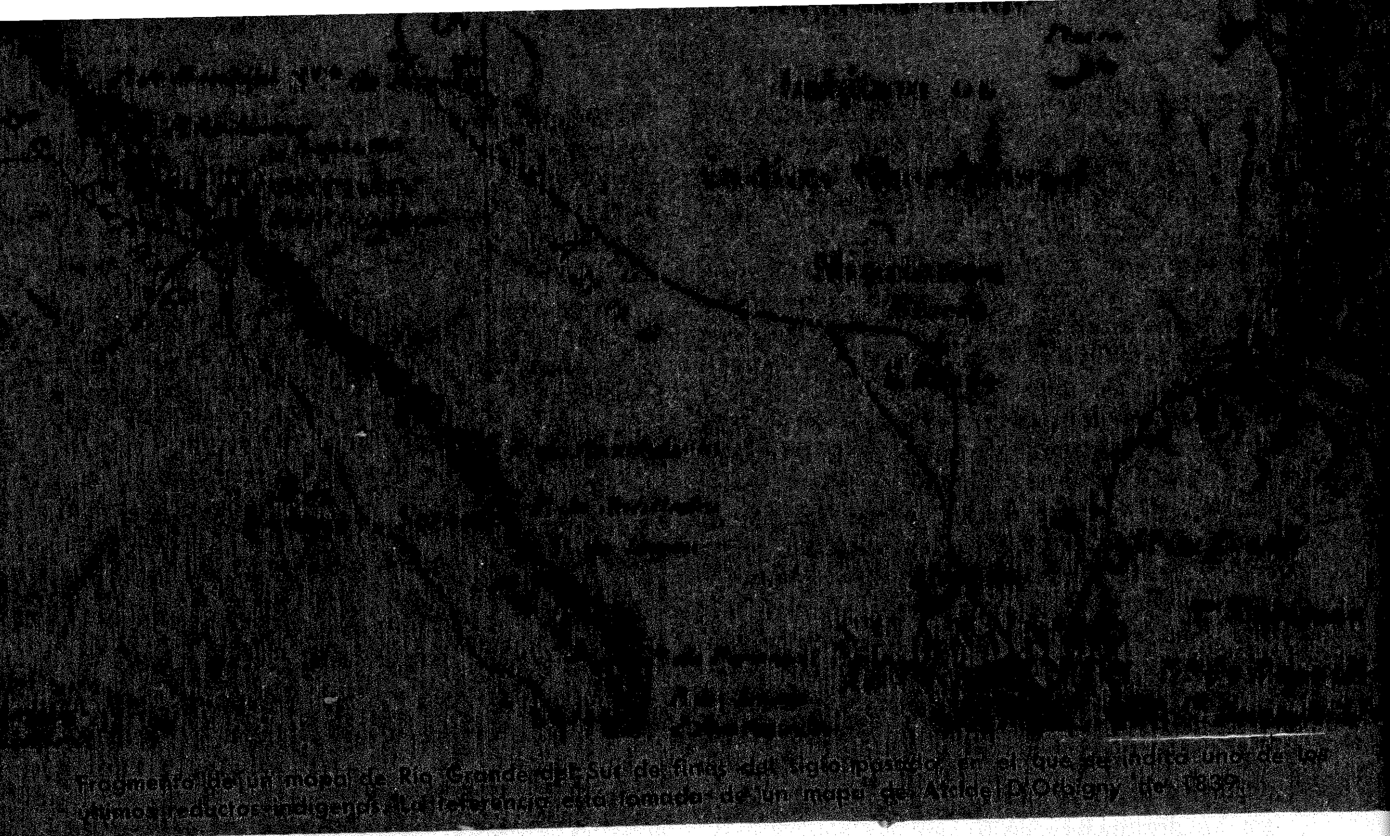
En cuanto a los guaraníes, llamados chandris y chandules en las primeras crónicas, pronto dejan de ser nombrados. Como se encontraban en las bocas de los grandes ríos fueron los primeros con los cuales los conquistadores establecieron relaciones. Procurados más que cualquier otro grupo por ser los únicos capaces de proporcionar bastimentos a las expediciones y de entenderse con los lenguaraces traídos de las costas del Brasil, a lo que se agregaba una mayor proclividad al trato con los europeos y posteriormente a reducirse, es probable que hayan sufrido antes y más que ningún otro grupo los efectos de dolencias desconocidas para ellos.

CUANTIA Y EXTINCION DE LAS POBLACIONES INDIGENAS

Resulta difícil aventurar una cifra relativa al número de indígenas al tiempo de la conquista —y aun en los posteriores— que cuente con un mínimo de verosimilitud. Las estimaciones dadas por las fuentes parten de precarias bases conjeturales dada la extrema movilidad de los grupos.

Para el siglo XVI la única indicación procede de Schmidl, que consigna 2.000 charrúas y cuya certeza es dudosa. Carecemos de indicaciones de población para el siglo XVII y para la primera mitad del XVIII.

Un balance de los datos numéricos contenidos en los documentos de mediados del siglo XVIII hasta principios del XIX indica que la parcialidad



Fragmento de un mapa de Río Grande del Sur de fines del siglo pasado, en el que se indica uno de los últimos reductos indígenas. La referencia está tomada de un mapa de Alcide D'Orbigny de 1839.

relativamente más numerosa fue la de los charrúas propiamente dichos, los cuales nunca habrían contado con más de medio millar de indios de pelea en total, cifra que al parecer no superaron cada uno de los grupos que cumplían separadamente sus correrías.

Los chanaes tampoco parecen haber sido en conjunto más de 500, a estar a lo dicho por Azara, que les atribuía un total de 100 familias.

En términos muy tentativos, creemos que el total de la población indígena del país no pasó nunca de unos pocos millares; nos parece muy exagerado el cálculo de 20.000 para el año 1500 que hace Steward (1946, V: 666). Recordemos que las sociedades cuya economía se funda en la caza o en la agricultura inferior pueden sustentar muy reducidas poblaciones.

La misma carencia de datos impide seguir el proceso de extinción de los grupos y apreciar en el mismo cuál fue la verdadera importancia de las distintas campañas punitivas, así como qué incidencia tuvieron las enfermedades traídas por el hombre blanco. Es indudable que la situación bélica continuada desgastó enormemente los grupos, y, del mismo modo, ocasionalmente aparece en las fuentes una indicación de los estragos que producía la viruela. Nada sabemos del efecto de otras enfermedades aunque existen buenas razones para creer que fueron la causa de la rápida desaparición de algunos grupos.

Pero la extinción de los aborígenes presenta además otro aspecto: el ideológico. La lectura de la documentación pertinente de la época colonial y patria muestra el afán deliberado de los blancos por obligar a los indios a abandonar su estilo de vida errante y sus actividades depredatorias, tanto más manifiesto cuanto mayor era la ocupación y control de los territorios interiores y su vinculación al sistema de economía mercantil propio de los centros urbanos.

De esta manera, y aunque perfilada ya con mucha antelación, se va concretando en el primer cuarto del siglo pasado una ideología del exterminio justificada en la defensa de la civilización y en la imposibilidad de lograr otro entendimiento con los indígenas a causa de su naturaleza irreductible y feroz. Vaya como ejemplo esta carta fechada en Montevideo el 24 de febrero de 1830, del entonces Ministro de Guerra Juan Antonio Lavalleja a Fructuoso Rivera, que ocupaba el cargo de Comandante General de Armas: "Por el adjunto parte que en copia autorizada se acompaña, se ha impuesto al Sr. Gral. de los excesos cometidos por los charrúas. Para contenerlos en adelante y reducirlos a un estado de orden y al mismo tiempo escarmentarlos, se hace necesario que el Sr. Gral. tome las providencias más activas y eficaces, consultando de este modo la seguridad del vecindario y la garantía de su propiedades. Dejados estos malvados a sus inclinaciones naturales y no conociendo freno alguno que los contenga, se librarán sin recelo a la repetición de actos semejantes al que nos ocupa y que les son familiares. El infrascripto ha recibido órdenes del Gobierno de recomendar altamente al Sr. Gral. la más pronta diligencia en la conclusión de este asunto, en que tanto se interesa el bien general de los habitantes de la campaña". (Acosta y Lara, inédito).

Desaparecidos desde mucho antes los grupos de agricultores incipientes —chanaes, guaraníes— y muy mermados los charrúas, reciben éstos el golpe definitivo en 1832 en el combate de la Boca del Tigre. El Sargento Mayor Silva calculaba en 500 su número para 1825, época en que había vivido entre estos indios; vuelve a tomar contacto con ellos en 1840, y declara que entonces "sólo eran 18 entre hombres, mujeres y niños". Nada muestra tan al desnudo el drama de la extinción de una etnia como la comparación de estas dos cifras.

Se ha considerado en general que los charrúas fueron siempre renuentes al mestizaje. Sin perjuicio de admitir que su mezcla con otros grupos de origen indígena o europeo haya sido menor que en el caso de otras etnias, no creemos que tal indicación deba aceptarse de manera absoluta. La presencia muchas veces confirmada de cautivos o refugiados (aborígenes o blancos) en sus toldos induce a pensar en un mestizaje cuyo grado no puede determinarse. En este sentido, D'Orbigny ya estimaba como una de las causas de su disminución la mezcla con indios de origen guaraní.

Nuestra población actual presenta la fisonomía propia de un pueblo trasplantado cuya matriz principal es la raza blanca con una pequeña incidencia de la negra. Determinar la medida en que los genes aborígenes sobreviven en este conjunto parece poco menos que imposible. Tres circunstancias vinculadas entre sí hicieron que el Uruguay tuviera una configuración humana tan diferente de la de otros países americanos: a) el limitado número de la población autóctona; b) el hecho científicamente probado de que la asimilación cultural y la mezcla biológica apenas tienen lugar en el caso de los pueblos cazadores o agricultores inferiores; c) el aluvión de inmigrantes europeos llegados sobre todo a partir de la mitad del siglo pasado.

ETNOGRAFIA DE LOS INDIGENAS DEL URUGUAY

LA MACRO ETNIA CHARRUA

NIVEL ADAPTATIVO

OBTENCIÓN DE LA SUBSISTENCIA. — El sistema de caza practicado originalmente se caracterizaba por el complejo del arco, lo que algunos autores califican como economía de caza superior en tanto otros le llaman caza a larga distancia. Este sistema se veía complementado por la recolección de otros productos; no disponemos de datos como para afirmar la existencia de una división de tareas a estos respectos en razón del sexo.

El instrumental utilizado común a la obtención de la subsistencia y a las actividades bélicas— consistía en flechas cortas de puntas de piedra, que se acomodaban en forma de abanico en carcajes chatos de cuero que se cargaban a la espalda, azagayas también de puntas de piedra, boleadoras de dos y de tres piedras variables en su tamaño y forma, hondas y mazas de cabeza de piedra. Aparentemente, los arcos fueron cortos, aunque es difícil saber si este porte no indica una modificación impuesta posteriormente por el uso del caballo; sobre su construcción, forma, tipo de cuerda y modo de atarla, carecemos de indicaciones. Del mismo modo, el número de plumas de las flechas y su disposición, así como la manera de unir la punta al ástil, nos es desconocida.

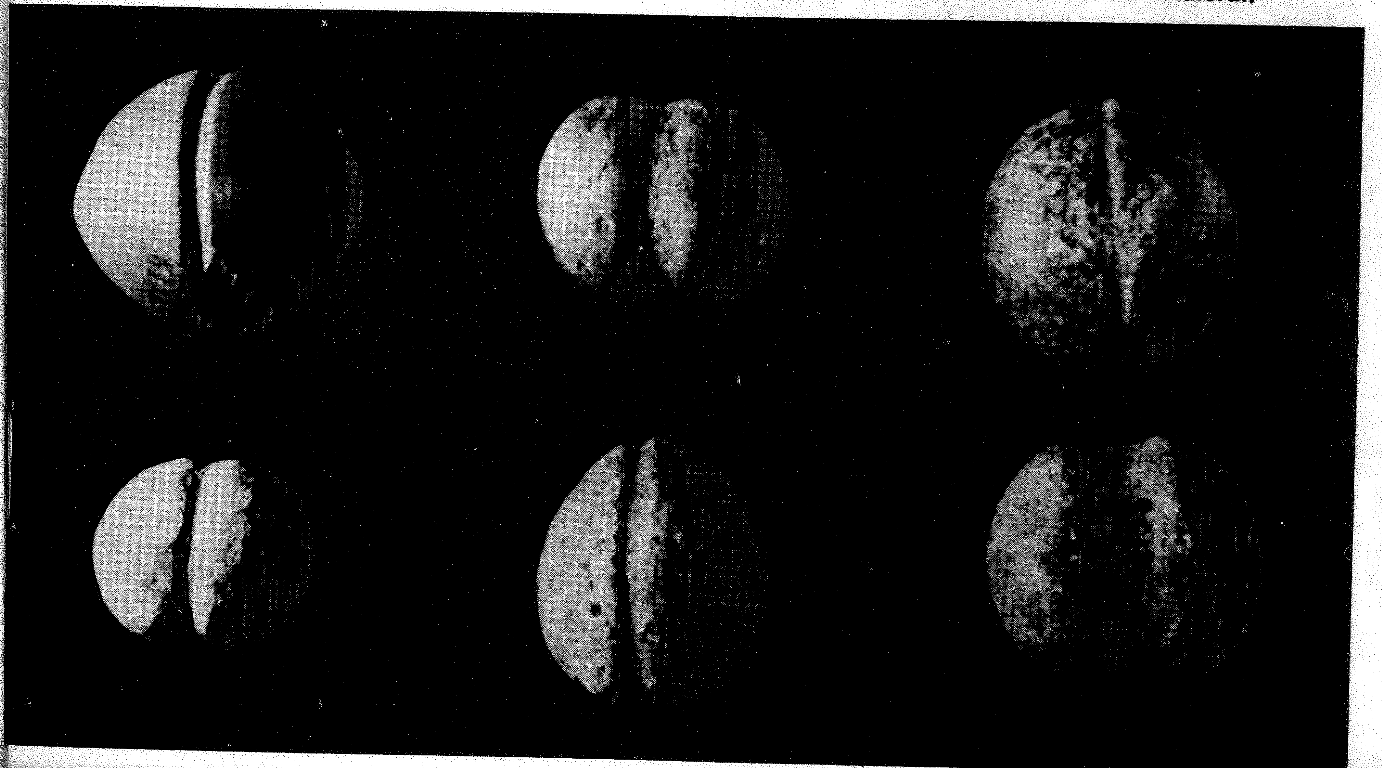
Las características naturales del país, en cuya fauna predominan los animales de pequeño porte y cuya flora no ofrece plantas comestibles o frutales de importancia, hizo que normalmente las bandas estuvieran compuestas de pocos individuos e impuso además un nomadismo probablemente determinado por las variaciones estacionales.

En general las fuentes señalan la pesca entre las actividades económicas de estos grupos. Recordemos que no existen en nuestra tierra plantas de fibras textiles que permitan su hilado a los efectos de confeccionar líneas y redes. En la literatura arqueológica apenas se encuentra la referencia a dos anzuelos de piedra de practicidad muy discutible procedentes de Maldonado. Las puntas de flecha que los yacimientos han librado no parecen tampoco adecuadas a la captura de peces, y las también escasas puntas de arpón de hueso corresponden probablemente —por su tipología y por la zona de los hallazgos— a pueblos del nivel de agricultores inferiores. No creemos que la ubicación de "paraderos" en distintos puntos de la costa —especialmente en el Este— indique otra cosa que estaciones temporales para la caza del lobo marino.

Igualmente, sólo por error en la ubicación geográfica o por atribuir a unos grupos rasgos culturales de otros, se puede hablar de la existencia de canoas entre los charrúas; a este respecto recordemos una vez más que nuestra flora tampoco ofrece árboles cuyo tamaño permita la construcción de tales embarcaciones.

LA DIETA ORIGINAL Y LA ADOPTADA. — La dieta se componía fundamentalmente de carne —venado, ñandú y otros animales autóctonos primero; luego vaca y caballo —que se comía asada en asador de palo o cocida en toscas ollas de barro—. Incluía además el consumo de huevos de ñandú y perdiz; Silva habla del mascado de "cogollos de ceibo" (?) como estimulante.

Piedras de boleadoras de distintos tipos conservadas en la colección del Museo de Historia Natural.

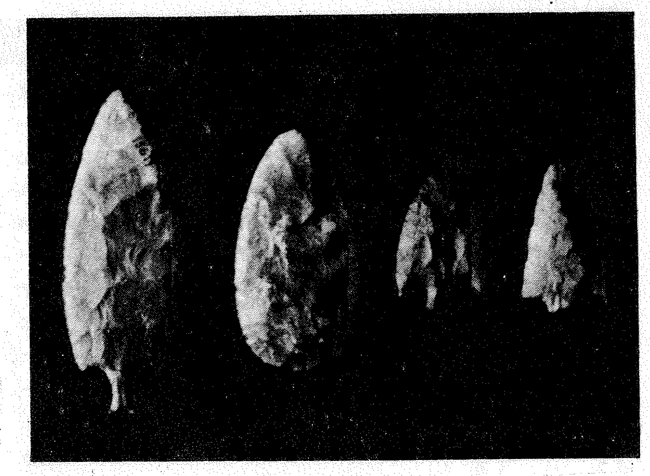


Desde mediados del siglo XVII las fuentes aluden a la afición de los indios por el alcohol, el tabaco y la yerba mate. Según el Gral. Antonio Díaz el mate se preparaba en recipientes de calabaza o cuerno y se bebía en rueda, sorbiéndose con el agua una porción de hojas molidas que eran luego masticadas. El tabaco era mascado —Silva dice que mezclándolo con polvo de huesos— y también fumado; el Gral. Díaz habla de la borrachera tabacaria resultante de fumar cubriéndose la cabeza con una manta.

Azara dejó referencias de la preparación de una especie de hidromiel fermentada, pero esto parece improbable; el consumo de bebidas alcohólicas —a veces abusivo— es un rasgo típico de aculturación.

MODIFICACIONES EN EL SISTEMA ECONÓMICO. — La introducción del ganado modificó hondamente el sistema adaptativo al proporcionar presas más rendidoras y de más fácil captura, y al par que acentuó la movilidad de los grupos; probablemente permitió también su crecimiento demográfico. Está fuera de dudas que la presencia de las reses y caballos no produjo entre los indios ningún tipo de economía de pastoreo; adquirieron solamente las técnicas del amansamiento, equitación y abatimiento. El ganado fue visto simplemente como una caza de nuevo tipo. Agreguemos que, aparte del caballo, el perro fue el único animal domesticado por los indígenas, y, desde luego, sólo en época post hispánica.

La mayor alteración experimentada por la cultura aborigen fue la provocada por el complejo cultural del caballo. Con el dominio del mismo el sistema de la caza se vio sustituido más y más por el del pillaje, como prácticamente sin excepción lo indican las fuentes a partir del siglo XVIII. Algunos grupos charrúas y yaros situados en la



Utilaje de los cazadores inferiores; industria lítica catalanense. Fotografía de Antonio Taddei.

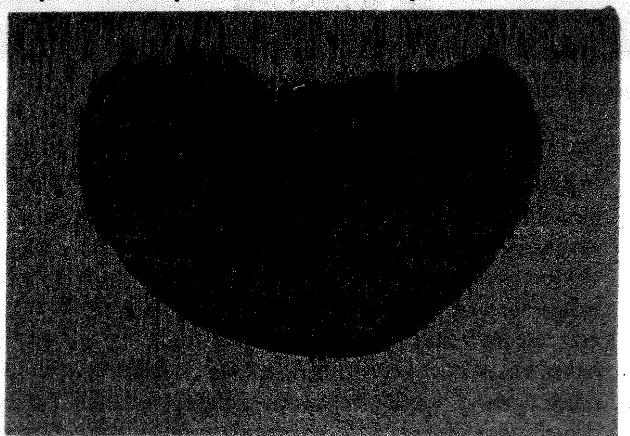
Mesopotamia argentina en esta época parecen haber sido exclusivamente merodeadores que vivían de la venta de cautivos, aunque persistieron en las actividades de caza.

CAMBIOS EN LA CULTURA MATERIAL. — Los contactos con los blancos afectaron también la cultura material indígena, abandonándose el utilaje primitivo y adoptándose, en la medida de lo posible, el de aquéllos. Sus armas contarán con puntas metálicas; la lanza aumentará de tamaño para adaptarse al uso del jinete y se transformará en el arma indígena por excelencia, en tanto disminuirá la utilización del arco hasta llegar a ser muy poco usado en los tiempos finales.

Es posible que ya en el siglo XVII hicieran los indígenas un consumo considerable de instrumentos de hierro; de cualquier manera, en el siglo XVIII parecen no hacer más las puntas y moharras de piedra. El hierro empleado provenía por lo común de materiales de desecho —flejes de barril, dice el Gral. Díaz en 1812— trabajado por desgaste y pulido, lo que hace pensar que tal vez las piezas metálicas constituyeran objetos particularmente buscados en sus asaltos a las estancias y convoyes, como ocurre aún hoy con muchos pueblos cazadores. No se han conservado las puntas metálicas; únicamente Figueira (1965: 15) publicó la fotografía de una flecha de este tipo, existente en el Museo del Indio Americano de Nueva York. Sabemos también que cuchillos, tijeras, sables, alfileres y otros instrumentos de metal eran los regalos que habitualmente recibían los indios de quienes trataban con ellos; sobre todo los corambreros portugueses se los daban como retribución por su ayuda en los arreos y matanzas de ganado. Los mismos indígenas reclamaban estos objetos ofreciendo caballos en cambio.

Su instrumental se enriqueció además por la imitación de objetos europeos cuando la adquisición de los mismos no era posible, como los relacionados con el uso del caballo: frenos de madera y espuelas hechas con pequeños cuernos, prendas del apero consistentes en simples jergas de cuero crudo. El uso del lazo probablemente cobró extensión recién en los tiempos finales; es difícil aceptar la opinión de Saldanha, que lo considera invento de estos indios, dado que todo lo señala como el producto de un préstamo cultural.

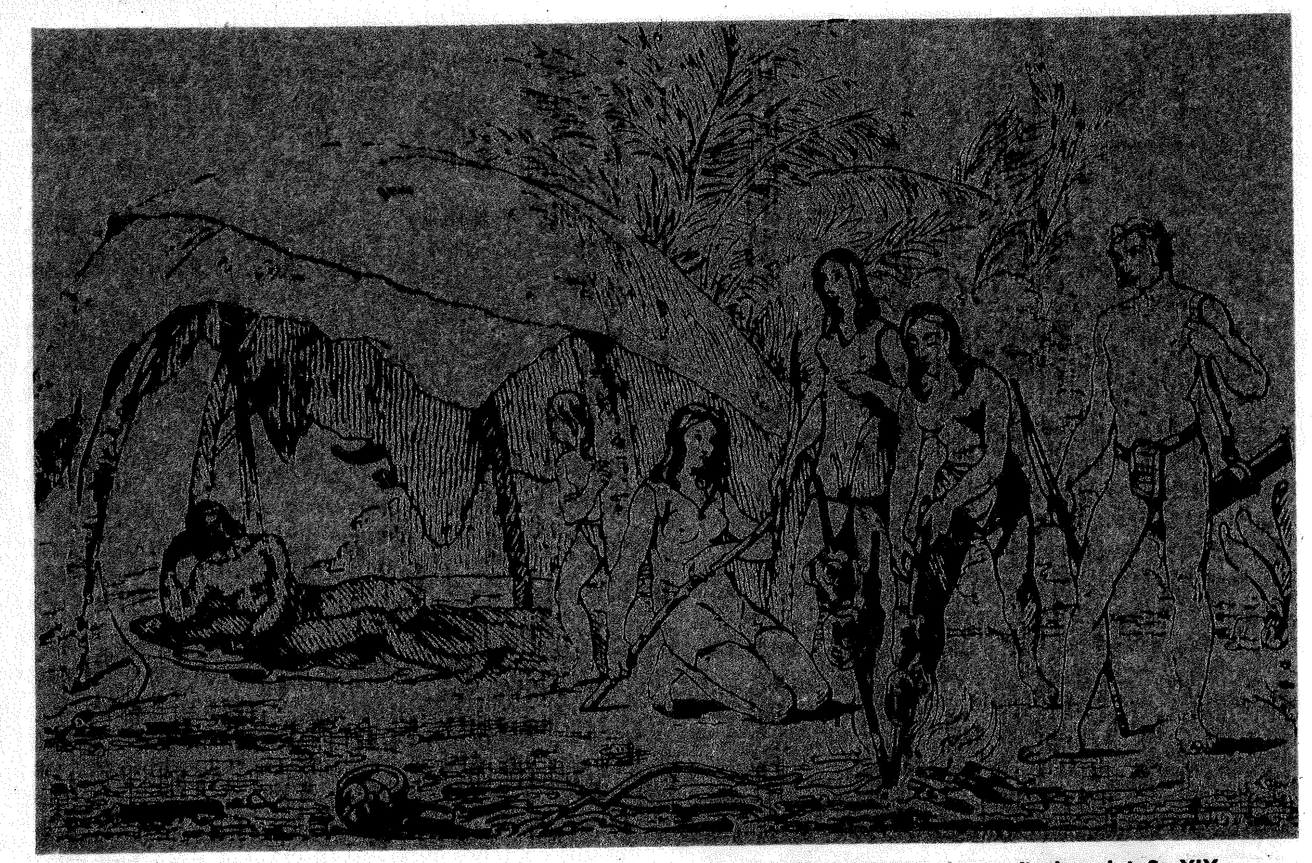
Pequeña olla procedente del arroyo Cufré. M.H.N.



LA VIVIENDA. — Como lo demostró Petit Muñoz (1950) basándose en las descripciones originales, la primitiva vivienda aborigen fue construida con esteras de forma cuadrada con techo plano y también sin techar, lo que la asimila al "paravientos" patagónico. Recién con la difusión del ganado se construyeron chozas cubiertas de cuero de techo redondeado y forma alargada o circular. A juzgar por algunas fuentes de época tardía la adopción del nuevo material no significó el abandono del primer sistema. Estas viviendas parecen haber sido de poca altura y pequeña capacidad; Cardiel en 1747, señala que las de los charrúas de Entre Ríos albergaban de 10 a 12 personas; Saldanha indica 5 personas por choza entre los minuanes.

Sólo se usaban para dormir, ya que el fogón se hacía al aire libre. Las referencias señalan la carencia de útiles en estos refugios como no fueran algunos cueros. Lozano pretende que a mediados del siglo XVIII los indígenas dormían en hamacas, lo que es difícil de aceptar por ser extrañas a su cultura; Sepp y Böhm, a fines del siglo XVII, dicen haber visto una en poder del cacique de los yaros por ellos visitado, lo que sugiere un símbolo de rango, justamente por su origen exótico y su utilización exclusiva por el jefe.

Varios autores refieren que al trasladarse de un sitio a otro los indios cargaban con los toldos. No hay indicaciones sobre transporte de rescoldos; según Lozano, procedían a encenderlo al establecerse en el nuevo lugar mediante la fricción de



Indios charrúas en su toldo. Escena reconstruida imaginariamente. Grabado de mediados del S. XIX.

dos maderas. Nada más sabemos de este procedimiento.

La toldería —conjunto de chozas o "toldos"— se erigía sobre las colinas por razones de vigilancia y defensa, o bien en la costa de los arroyos y en los campos abundantes de ganado. Los campamentos eran abandonados por la escasez de éste y por la acumulación de restos corrompidos, dada la costumbre de carnear en los toldos, consumir algunas partes de la res y abandonar el resto.

EL VESTIDO. — Las fuentes de distintas épocas insisten en destacar la desnudez como lo propio y definitorio de la condición indígena. Se usaba sin embargo como abrigo el *quillapí* o *toropí*, manto formado por pequeñas pieles rectangulares cosidas con fibras de origen animal, que se llevaba con el pelo hacia dentro y que lucía en su parte exterior dibujos geométricos de líneas rectas de color gris y ocre. Schuster (1955) considera los dibujos similares de mantos de pieles patagónicos

—así como las pictografías y petroglifos de aquella área y de nuestro país— como un encadenamiento sin fin de figuras humanas estilizadas de simbolismo genealógico. Desgraciadamente no se ha conservado ningún *quillapí* para estudiar sus decorados.

A despecho de la adopción de otras prendas —chiripás, ponchos, pañuelos, camisetas, sombreros, etc.— la vestimenta descrita fue usada hasta el final, ya que los charrúas llevados a París fueron representados con ella. Al parecer no había diferencias en los *quillapís* de uno y otro sexo. Algunos autores hablan del uso, preferentemente entre las mujeres, de un taparrabos o pampanilla; su adopción, así como la de las vinchas para sujetar el pelo con telas de algodón, es una de las tantas modificaciones indumentarias originales por la aculturación.

No existen referencias sobre ningún tipo de calzado.

ADORNOS. — Llevaban el cabello largo y enmarañado. Fuera de Sepp y Böhm, que dicen haber visto entre las mujeres yaro collares de huesos y brazaletes (?), y de Silva, que habla de tocados de plumas de ñandú, no indican las fuentes el uso de adornos originales.

Hay, sí, referencias sobre el uso de abalorios y adornos metálicos obtenidos de los europeos, y los hallazgos arqueológicos lo han confirmado.

NIVEL ASOCIATIVO

ORGANIZACION FAMILIAR. — Sabemos muy poco sobre la organización familiar aborigen. Aparentemente coexistieron las uniones monogámicas con las poligámicas de tipo poligínico (varias esposas); no existió la poliandria (varios esposos). Saldanha indica que entre los minuanes la poliginia era privilegio de los jefes. No se conocen las ceremonias que presidían la formación y disolución del vínculo matrimonial; Azara anota que la separación era poco frecuente si había hijos y que acordaban poca importancia al adulterio. Igualmente atribuye este autor menor incidencia al divorcio y a la poliginia entre los minuanes. Vázquez de Espinosa consigna el *jus primae noctis* (derecho de la primera noche) de los caciques y Lozano habla de hospitalidad sexual con los extraños; ambas cosas resultan muy poco probables.

Las uniones podían tener lugar entre individuos del mismo grupo o de grupos diferentes; los pocos datos que poseemos sobre su estructura social impiden sin embargo formular conclusiones sobre el tipo de endogamia o exogamia prevalente. Se ha anotado la existencia de un tabú de incesto que Azara refiere únicamente a los hermanos, aunque no sabemos cuál era la conceptuación que aquella sociedad daba a este término. Por otra parte, fuera de "inchalá" (hermano) y "guamaní" (cuñado) carecemos de toda otra denominación de parentesco.

El análisis de las prácticas relativas al duelo indica una familia de estructura patriarcal.

Azara refiere que entre los minuanes "ni los padres ni las madres cuidan de sus hijos sino mientras maman; después los entregan a alguno de los parientes casados, tío, primo o hermano, y no los vuelven a recibir en su casa y a tratarlos como hijos suyos; así éstos no los reconocen por sus padres ni hacen duelo por ellos sino por los que los han educado". Al carecer de datos más precisos no se puede aclarar los problemas de organización familiar que este párrafo sugiere, ya que parece aludir a una modalidad de avunculado.

CICLO DE VIDA. — Contamos igualmente con referencias apenas indiciales sobre el ciclo de vida y proceso de socialización. A menos que fuera el resultado del cautiverio, la actitud de Tacuabé

indicaría que el marido asistía a su mujer en el parto, sosteniéndola de los hombros y sacudiéndola para facilitar el descenso de la criatura, a la que prodigaba luego los primeros cuidados.

A los pocos días de haber nacido, la madre agujereaba al varón el labio inferior y le colocaba el *barbote* o *tembetá*, según Azara, que lo considera insignia viril, y que probablemente fuera también marca de pertenencia al grupo.

Los niños pequeños eran cargados a la espalda por la madre con la ayuda de una pieza de paño una vez que pudieron conseguirlo. Cuando su desarrollo les permitía montar marchaban en el mismo caballo que la madre.

El varón adquiría el *status* de adulto al tomar mujer; a partir de ese momento se separaba de sus padres, podía participar en las deliberaciones y en los combates. A las mujeres charrúas al llegar a la nubilidad se les hacía un tatuaje consistente en tres rayas azules, paralelas desde la raíz del pelo hasta la punta de la nariz y cruzadas por otras horizontales desde una sien a otra. Entre los minuanes las marcas faciales eran atributo de hombres y mujeres, y su dibujo sólo constaba de tres líneas verticales. Estas diferencias afirman la idea de que los tatuajes tenían, además de su significado conmemorativo de madurez, el valor de distingos étnicos. No conocemos detalles del ceremonial de paso ni sus contenidos ideológicos.

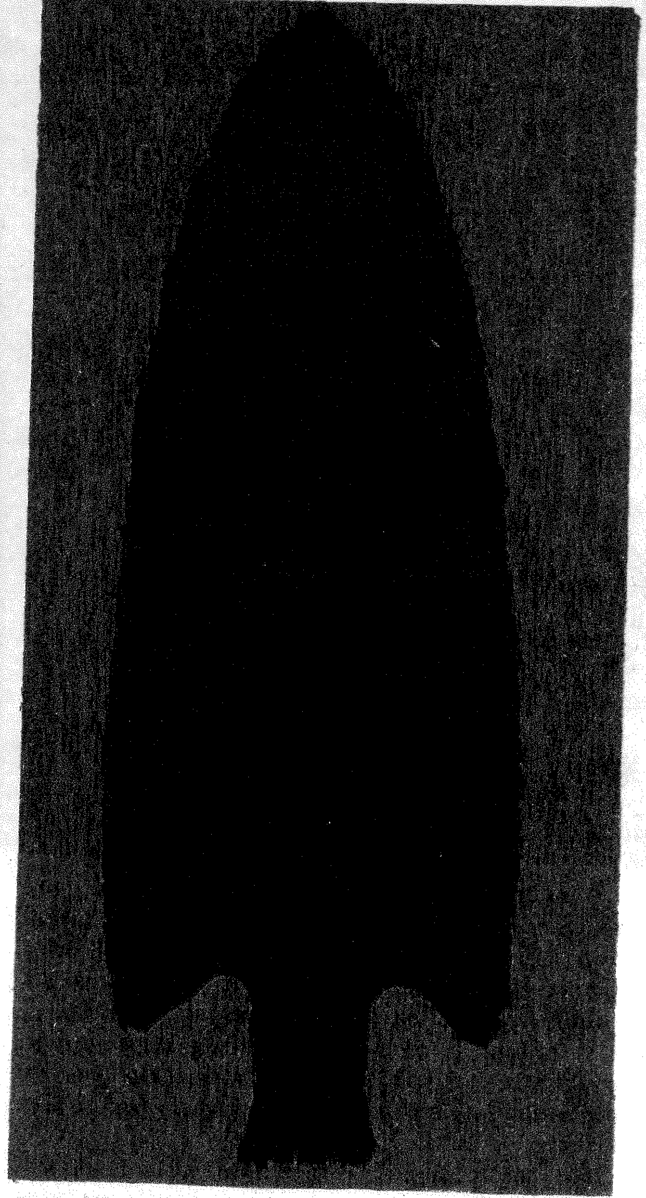
Las prácticas del tatuaje facial y del uso del "barbote" fueron paulatinamente abandonadas hasta desaparecer en los últimos tiempos.

No parece haber existido otra definición del papel masculino adulto que la de guerrero. Se desconoce cuál era el *status* de los ancianos ya imposibilitados de participar en las operaciones bélicas. Pernetty, en la segunda mitad del siglo XVIII pone a su cargo la "presidencia" de la toldería; Silva sugiere la importancia relativa de la edad al consignar que los caciques elegían jefe a uno de los mayores. Azara señala respecto de los minuanes que las mujeres que ejercían la medicina eran de avanzada edad.

DIFERENCIACIÓN DE FUNCIONES POR SEXO. La diferenciación de funciones en razón del sexo es más clara. Los hombres se ocupaban de las actividades bélicas —decisión, exploración, lucha— y de fabricar las armas, aunque Silva señala que las piedras de boleadoras las pulían las mujeres. A éstas les incumbía las tareas auxiliares: armado, desarmado y traslado de las chozas y del resto de los útiles, la faena de las reses y la preparación de las comidas, la confección de lazos y *quillapís*. No sabemos si la elaboración de los recipientes de cerámica tosca también correspondía a las mujeres, aunque puede presumirse.

PROPIEDAD. — La posesión y distribución de los bienes se inscribe en el sistema típico de los pueblos cazadores. Los objetos y prendas personales, incluidos algunos caballos, eran las únicas cosas susceptibles de apropiación individual. Los jefes poseían en exclusividad a veces, y como símbolo de rango, algún objeto exótico o algún adorno especial. La propiedad de estos bienes era respetada, y el Gral. Díaz nos ha dejado el relato del castigo aplicado por el jefe al culpable de un hurto.

El cazador destribuía el producto de su actividad en el marco de la familia nuclear; los ganados y caballadas cuyos arreos implicaban una actuación colectiva pertenecían al conjunto (toldería). El botín obtenido en los asaltos correspondía al parecer al que lo tomaba. En el caso de presas humanas la conclusión es más difícil; las mujeres quedaban en el toldo del captor, pero, aparentemente, cuando los cautivos eran canjeados como esclavos a los blancos, el beneficio era compartido.


Hoja de lanza del río Queguay. Museo Histórico.

Este último es un ejemplo más de las modificaciones introducidas en la cultura original por el contacto con los europeos, ya que la esclavitud no tenía sentido en el marco económico de estos grupos.

ORGANIZACIÓN SOCIAL. — Los datos que poseemos no alcanzan para atribuir el carácter de fratrías a las parcialidades de la macro etnia charrúa; tampoco creemos que las pruebas sean suficientes como para suponer la existencia de organizaciones clánicas en el seno de las supuestas fratrías. Más adelante volveremos sobre el tema.

Ya vimos que los grupos difícilmente contaban con más de algunos cientos de personas. En una sociedad pre agrícola y pre urbana como la que nos ocupa, no hay indicios de estratificación social. El mando tenía por lo tanto una significación exclusivamente guerrera, y en este sentido Cabrer señala para los minuanes, a fines del siglo XVIII, una subdivisión del mismo: un jefezuelo por cada 15 ó 20 guerreros, un cacique por toldería que comandaba unos 50 hombres, y un cacique general cuando las operaciones exigían la unión de varios grupos.

Las fuentes indican tanto el origen electivo como hereditario de las jefaturas, por lo que no es posible saber si coexistieron ambas formas, o si se produjo al cabo del tiempo una transformación en la forma de designación.

Algunas veces la figura del cacique aparece distinguida por cierto atuendo especial: Bougainville nos habla en 1767 de una especie de corona de cuero recortado con apliques de cobre, y Saldanha de una suerte de mitra de piel de onza con



Vaimaca-Perú, Guyunusa, Tacuabé y Senaqué. Charrúas llevados a Francia en 1833. Grabado de época.

cordones y apliques de latón; ambos se refirieron a los minuanes. Sepp y Böhm dicen que la mujer del cacique yaro llevaba una triple corona tejida, y ésta es la única indicación del uso de una prenda con valor de insignia por una mujer.

El impacto de la sociedad blanca sobre la aborigen vuelve a notarse en el hecho de que los jefes indígenas, de acuerdo con el relato de Silva, adoptaron en los tiempos finales los nombres de caudillos y militares blancos prominentes, así como el uso de grados militares.

TÁCTICAS Y RITOS DE GUERRA. — La preparación de una expedición guerrera de cierta envergadura, aparte de la designación del jefe, suponía la ocultación en lugares seguros de la "chusma", o sea las personas que no participaban en la misma, el establecimiento de puestos de observación del enemigo y la comunicación con los grupos aliados, muchas veces realizada por medio de fuegos y humo.

De noche nunca emprendían acción alguna ni se apartaban siquiera de sus "toldos"; en consecuencia, el ataque tenía lugar al rayar el día y se cumplía sin orden y con grandes gritos. Sabían simular ataques y huidas y preparar emboscadas, pero difícilmente explotaban la ventaja ni perseguían al enemigo.

El Gral. Díaz describió una ceremonia preparatoria de un combate en la que el cacique pronunció una arenga en tanto que las mujeres, en fila detrás de los guerreros, entonaban un cántico propiciatorio. Silva, de modo similar, dice que a la señal de que el enemigo se acercaba, los guerreros comenzaban a "dar vueltas en hilera unos detrás de los otros, mientras que las mujeres se ponen a gritar de un modo tan lúgubre que hace enternecer (sic)". Éstas son las únicas referencias a sus ritos de guerra.

No sabemos si se pintaban especialmente para entrar en combate; Azara presenció en el pueblo misionero de San Miguel en 1784 una parodia de combate entre españoles e indígenas protagonizada por charrúas y minuanes, donde los que asumían el papel de indios iban "muy pintados en todo el cuerpo y con muchas y varias plumas en la cabeza y en los pretales de los caballos". Carecemos de más detalles como para saber si esos adornos bélicos no respondían nada más que a aquella pantomima.

Todos estos usos aparecen luego de la adopción del caballo. Los relatos de combates a pie dejados por Centenera son totalmente inverosímiles, así como no es probable que tuvieran "trompas", "bocinas" y "atambores", entre otras razones porque no se llega a imaginar qué elementos usarían para construirlos. Silva indica, en el primer cuarto del siglo pasado, el uso de *pututos* de cuerno de vacuno para hacer señales.

Centenera —a quien después repetiría Lozano— señaló la existencia de trofeos consistentes en la piel del cráneo y, además, que los guerreros contabilizaban con cicatrices hechas *ex profeso* las muertes que habían ejecutado. Frente a la absoluta falta de confirmación, dichas referencias no pueden validarse.

NIVEL IDEOLOGICO

IDEAS RELIGIOSAS. — Aludimos ya al prejuicio racionalista —notable en Azara, Cabrer, Díaz, Brito del Pino— relativo a la ausencia de religión entre los indígenas. Dichos autores no pudieron hacer abstracción del modelo ofrecido por su propia sociedad, caracterizado por la existencia de un sacerdocio organizado, de rituales institucionalizados y concepciones de la divinidad referidas a la idea de un ser supremo creador del universo. Por supuesto que en sociedades del nivel evolutivo de las aborígenes de nuestra tierra no puede pretenderse la existencia de tales formas de organización religiosa.

El Gral. Díaz dirá que los charrúas "suponían la existencia de un espíritu maléfico al que atribuían sus desgracias, enfermedades o desastres", al que llamaban *Gualiche*. Hay en este texto un error manifiesto, si no en su contenido —incomprobable—, en la denominación dada al espíritu en cuestión, ya que el mismo era designado con esa palabra, de origen araucano, por los indios pampas. Saldanha expresó que los minuanes tenían una idea vaga de un ser supremo, tal vez tomada de los misioneros o de otros indios cristianizados.

FUNEBRIA. — Las prácticas mortuorias de los indígenas implican un conjunto de ideas sobrenaturales de cuyo contenido nada sabemos.

Las tumbas se ubicaban en las cumbres de los cerros y el cadáver, que era cubierto de piedras, se acompañaba con sus pertenencias personales. Díaz anota que "dejaban el caballo [del muerto]

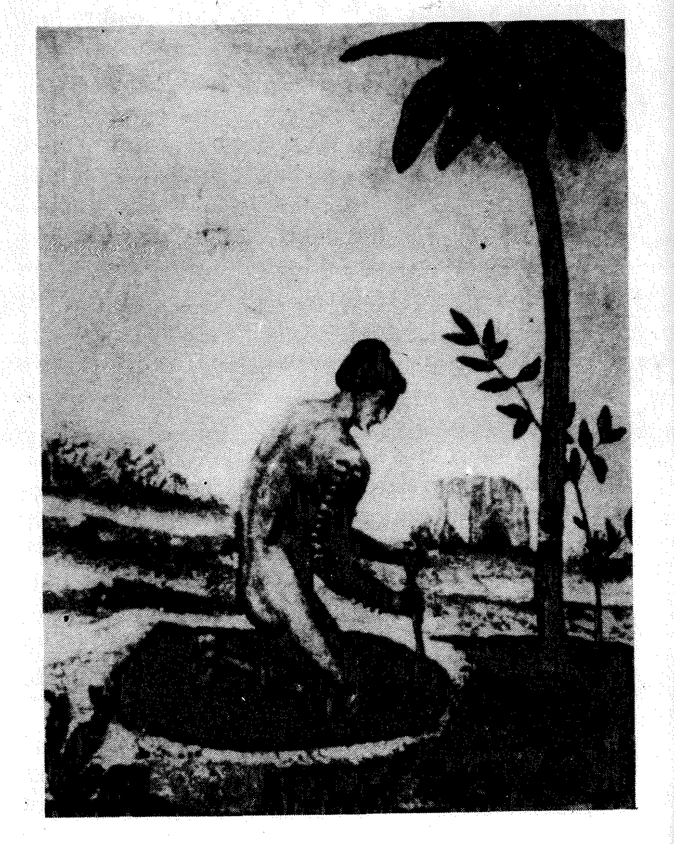
atado a una estaca. Decían ellos que era para el viaje que debía emprender el difunto". La existencia entre los charrúas de esta costumbre pampa y su interpretación nos merecen dudas.

Resulta también imaginaria la atribución de Lozano de que en sus traslados cargaban con los restos de sus muertos. Pudiera esto suponer la práctica del entierro secundario, pero ninguna otra fuente lo confirma.

Uno de los rasgos más reiterado en las fuentes es el de la mutilación dactilar por duelo. Hay a este respecto algunas confusiones entre los autores, ya que se habla de la ablación de una falange, de todo un dedo, de los dedos de las manos solamente, de manos y pies, que constituía una forma de duelo femenino por muerte del padre o marido y que era practicado por hombres y mujeres a la muerte del jefe. La descripción de Azara parece ser la más digna de crédito: a la muerte del "padre, marido o hermano que haga cabeza de familia, se cortan las hijas, la viuda y las hermanas casadas un artejo o coyuntura por cada difunto principiando por el dedo chico". El duelo implicaba además para las mujeres hacerse heridas en brazos, pechos y flancos con la lanza del muerto, y dos semanas de reclusión y semi ayuno. Las huellas dejadas por estas heridas —lo mismo que las que se practicaban los hombres— indujeron a muchos autores a señalar la existencia de tatuajes de cicatrices entre los charrúas.

"El marido no hace duelo por muerte de su mujer, ni el padre por la de sus hijos —dice siempre Azara— pero si éstos son adultos cuando fallece su padre, están desnudos ocultos dos días en casa comiendo poco y aun esto ha de ser 'yambú' o perdiz, o sus huevos. La tarde segunda de este entierro les atraviesa otro indio de parte a parte la carne que puede pillar, pellizcando el brazo, con un pedazo de caña larga de un palmo, de modo que los extremos de la caña salgan igualmente por ambos lados. La primera caña se clava en la muñeca, y se pone otra a cada pulgada de distancia siguiendo lo exterior del brazo hasta la espalda y por ésta. Las cañas son astillas de dos a cuatro líneas de anchura, sin disminución sino en la punta que entra. En esta miserable y espantosa disposición se va solo y desnudo al bosque o a una loma o altura, llevando un garrote puntiagudo con el cual y con las manos excava un pozo que le llegue al pecho. En él pasa de pie el resto de la noche, y a la mañana se va a un toldo o casa que siempre tienen preparado para los dolientes donde se quita las cañas y se echa dos días sin comer ni beber. Al día siguiente y en los días sucesivos, hasta diez o doce, le llevan los muchachos de su nación, agua y algunas perdices y huevos ya cocidos y se los dejan retirándose sin hablarle". Respecto de los minuanes el mismo autor refiere que "el duelo de los hombres es como el de los Charrúas, pero dura menos, y en lugar de clavarse pedazos de caña en sus brazos, se atraviesan con gruesas espinas de pescado las piernas y muslos, así como los brazos, sólo hasta el codo". También en el relato de la "china de Arias" recogido por Vilardebó se alude a dicha práctica, con la variante de indicar la utilización de plumas de ñandú como instrumento de tormento.

Práctica de automortificación entre los charrúas. Ilustración de la descripción dejada por Azara.



Muchas ideas y comparaciones etnográficas sugiere esta ceremonia, pero lo que sabemos de ella resulta insuficiente para determinar la naturaleza de los conceptos de sacrificio, impureza ritual, etc., que parece suponer. A partir de algunos de estos hechos es que se ha pretendido deducir la existencia de totemismo entre los charrúas estableciendo la existencia de totems caña, pez y ñandú (Petit, 1968: 7).

La brevedad del espacio impide exponer con detalle nuestras objeciones a esta hipótesis. Diremos simplemente que tal idea revela una concepción del totemismo ya abandonado por la moderna Antropología, como es la de considerarlo una concepción religiosa caracterizada por la existencia de un ente emblemático —planta, animal— que identifican como antecesor mítico los miembros del grupo dado (clan), lo que determina el parentesco de aquéllos y la necesidad de realizar las uniones matrimoniales fuera del clan (exogamia). Indica asimismo una aceptación total de los controvertidos postulados de la escuela de los ciclos culturales, que señala la existencia de totemismo en el ciclo correspondiente a los cazadores superiores. Fuera de esta base teórica sumamente discutible, creemos que los datos son insuficientes como para permitir conclusiones tan ambiciosas.

Digamos para finalizar estas apreciaciones sobre la funebria charrúa que las mortificaciones por duelo fueron abandonadas en los tiempos finales.

EXPERIENCIAS ESTÁTICAS. — El Sargento Mayor Silva describe una ceremonia similar a la ya relatada que permite una interpretación diferente, aunque también pudiera pensarse que alude a hechos distintos. "Se cree generalmente —dice Silva— que las especies de garitas hechas con piedras amontonadas en las cumbres de algunos cerros, servían para observar desde allí y por eso se llaman «bichaderos», pero es un error. Servían para los que iban a ayunar para hacerse un compañero. Allí se hacen mil heridas en su cuerpo y sufren una vigorosa abstinencia hasta que se les aparece en su mente algún ser viviente, al cual invocan en los momentos de peligro como a un ángel de la guarda". Es aquí evidente —pese a la oscuridad del texto— que se trata de una experiencia extática de tipo shamánico en la que curiosamente no han puesto atención los autores. El Presbítero Marimón lo confirma en una anotación marginal al mapa del trayecto cumplido en 1752 desde San Borja al Uruguay, donde consigna lo siguiente: "En el cerro Yaceguá tienen los infieles Guenoas sus sepulturas y aquí traen a sus difuntos de muchas leguas para enterrarlos. En el cerro llamado ybití María se gradúan de Hechiceros los infieles Guenoas; allí se juntan, hacen su Ajaba, se punzan, se taladran el cuerpo, y se hacen mil diabluras, hasta que se les aparece allí, encima del cerro, el demonio en forma visible".



El cacique Vaimaca-Perú. Museo del Hombre, París.

MEDICINAS SHAMÁNICA. — Su concepción de la muerte nos es desconocida. Sabemos en cambio por Azara que sus médicos utilizaban la técnica del "chupado", asociada siempre a la creencia de que la enfermedad es el resultado de la intrusión de un cuerpo extraño, lo que configura una terapéutica shamánica típica. La misma ha sido descrita para los indios del Chaco y la Patagonia.

ARTE Y JUEGOS. — Muy poco puede decirse de otros aspectos del mundo espiritual del indígena, tales como sus manifestaciones artísticas, ya de tipo plástico —dibujos de *quillapís,* pinturas corporales—, ya musicales. A este respecto, la única referencia que se tiene, salvo que se acepten las opiniones de Centenera y fuera de la ya indicada bocina de cuerno anotada por Silva, corresponde a uno de los charrúas llevados a Francia que tocaba un arco musical utilizando la caja bucal como resonador. Arcos de este tipo se dan también en las áreas patagónica y chaqueña.

En cuanto a sus juegos, existen indicaciones sobre carreras de caballos, el pato, las competencias con boleadoras y los naipes, todos practicados por los hombres.

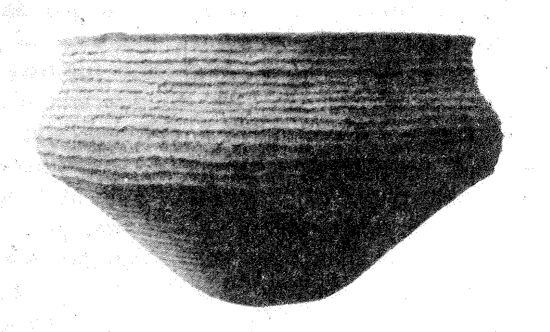
Indudablemente hubo exageración en Azara cuando afirmó que "no tienen [los indios] ni juegos, ni bailes, cantares ni instrumentos músicos", pero el desconocimiento sobre tantas cosas hace que el resultado sea equivalente.

LA ETNIA CHANA

Pocos son los datos relativos a la cultura de los chanaes y su temprana extinción lleva a considerarla como una cultura arqueológica. En las escasas y antiguas fuentes que tratan de estos indígenas se les asigna muchos rasgos característicos de la macro etnia charrúa, con lo que se vuelve difícil determinar si esas atribuciones serían el resultado del error de los cronistas que tomaron por chanaes a quienes no lo eran, o de efectivas aculturaciones. También se ha señalado un proceso de guaranización de los chanaes, probablemente pre hispánico, lo cual complica más el panorama.

Su sistema económico, basado en la caza, pesca y agricultura inferior de maíz, calabazas y porotos, supone un distingo muy significativo con el de la macro etnia charrúa aunque se sospecha que no todas las parcialidades realizaban cultivos.

Usaron un arco corto con flechas de punta de hueso y probablemente madera, y también propulsor de dardos y boleadoras. No se han encontrado en nuestro país canoas, pero para las parcialidades de la Argentina se han señalado embarcaciones monoxilas de 20 metros de largo. Tampoco se sabe cuáles eran los medios empleados en la pesca.



Urna guaraní de cerámica corrugada. M. Histórico.

El pescado era desecado o ahumado para conservarlo —técnica de origen guaraní— y, a juzgar por las referencias de los conquistadores que aseguran haber recibido cantidades considerables, su capacidad de producción y almacenamiento era elevada, lo que los pondría a resguardo de los riesgos normales entre los cazadores.

Sus vestidos eran el *quillapí* de tipo charrúa ya descrito, y un taparrabos de algodón seguramente obtenido de sus vecinos guaraníes.

Sus marcas étnicas consistían en perforaciones del tabique nasal y de las orejas, comunes a ambos sexos, en cuyos orificios colocaban adornos diversos; los hombres llevaban además el *barbote* en el labio inferior. Hay indicaciones de tatuajes y pinturas corporales pero sin detalles de los mismos. Usaron además adornos de origen europeo como collares de cuentas de vidrio y discos de cobre.

Se ha señalado la práctica de la mutilación dactilar por duelo. Practicaron el entierro secundario, ya que los huesos humanos hallados están pintados de ocre rojo; las pertenencias del muerto se ponían en la tumba. Se han encontrado asimismo huesos infantiles en urnas de barro cocido, lo que muestra una fuerte influencia guaraní.

Ningún otro dato tenemos sobre sus niveles asociativo e ideológico. Lo más destacado de la cultura material es su cerámica, con las modalidades características propias de los agricultores inferiores con vinculaciones paranaenses.

También dijimos, al tratar el problema de las lenguas indígenas del área, que el esbozo de gramática chaná compilado por Larrañaga se considera bohán.

LOS GUARANIES

De los guaraníes pre hispánicos tenemos tan pocas referencias como de los chanaes; al igual que éstos, desaparecieron muy pronto de la escena histórica. Ubicado el grueso de la etnia en el Delta del Paraná, pequeños grupos ocuparon algunos puntos del actual territorio nacional, donde ejercieron marcada influencia cultural sobre los chanaes.

Su sistema socioeconómico se fundaba de manera prevalente en la agricultura del maíz —cultivaban también calabazas y porotos— y en la pesca. Desecaban y ahumaban el pescado. Es probable que fueran los únicos capaces de elaborar una bebida alcohólica por fermentación del maíz masticado.

Grandes canoeros y guerreros temibles, recorrieron los ríos y sostuvieron luchas con los otros indios, a los que hacían prisioneros para luego devorarlos de manera ceremonial. Está fuera de toda duda que fue con ellos que topó Solís y que, en consecuencia, como lo dicen las crónicas de época, fue comido.

Usaban grandes arcos con flechas de punta de madera o hueso sin carcaj, y mazas de madera. Hilaban el algodón con el que las mujeres hacían

aparrabos. Se tatuaban y pintaban el cuerpo de manera compleja, y usaban adornos muy variados.

No hay referencias de que los guaraníes de esta zona construyeran chozas colectivas grandes ni aldeas al estilo de las hechas por otros grupos de la etnia.

Del particularmente rico mundo ideológico de los guaraníes —mitos, antropofagia ritual, shamanismo, etc.— hay copiosas y detalladas referencias, pero todas corresponden a grupos distintos a los que ocuparon parte de nuestro territorio. Cabe pensar por ello si pueden ser extendidas a éstos sin más, sobre todo cuando muchos piensan que no se trataba de guaraníes típicos sino de pueblos baguaranizados.

Posteriormente a la conquista otros guaraníes llegaron a nuestro territorio: los traídos para engrosar las reducciones sorianas y los que bajaron de los pueblos de las Misiones jesuíticas, ya como vaqueros de sus estancias, ya como fugitivos a la sujeción de aquella teocracia comunitaria o de las expediciones esclavizadoras de los paulistas. Estos indios, por completo deculturados, cumplieron un importante papel en la formación de la proto sociedad y la proto cultura nacionales, pero dicho proceso escapa a nuestro tema. Digamos sólo que si en el Uruguay de hoy sobrevive algún rasgo proveniente del pasado indígena se debe a estos guaraníes epigonales, mezclados profusamente en las bases de nuestra sociedad rural de los siglos pasados.

Grabado holandés del siglo XVI que representa a los guaraníes devorando a Solís y sus compañeros.



CONCLUSIONES

El lector seguramente hubiera querido encontrar más afirmaciones y menos dudas en estas páginas. Creemos que hay que tener el coraje intelectual de reconocer de una buena vez que es muy poco lo que se sabe de los indígenas que habitaron nuestra tierra y que existen muy pocas posibilidades de que lleguemos a saber mucho más. Es verdad que siempre puede pensarse en el descubrimiento de algún documento perdido o desconocido tan importante como lo fue en su momento el llamado Códice Vilardebó, pero aun en este caso una apreciación realista de las circunstancias hace que no pueda esperarse otra cosa que la verificación de algunos puntos inciertos, y nunca la referencia sensacional que signifique un vuelco en el conocimiento de nuestra etnografía histórica.

La amplísima literatura que el tema ha promovido carece, con muy contadas excepciones, de valor etnológico. Por lo general los autores no demuestran un particular conocimiento de la teoría y método de esta disciplina. En la mayoría de las obras se ignora la conceptuación etnológica, se utiliza de manera primitiva, o se aplica forzadamente a los hechos con que se trabaja teorías discutibles, no universalmente aceptadas o pasadas científicamente de moda.

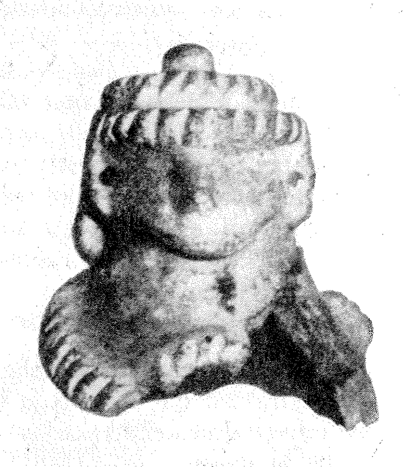
En determinados trabajos predomina un enfoque marcadamente histórico, y aun así es raro hallar en ellos una crítica científica de los documentos. Muchos contienen bibligrafías imperfectas o, lo que es más grave, no publican bibliografías. Ha sido un mal muy generalizado la falta de indicaciones relativas a las fuentes en que basan las afirmaciones o las hipótesis y, a la inversa, se alude muchas veces a fuentes que muy probablemente nunca se han visto.

No obstante, para que el cuadro expuesto sea menos pesimista, debemos decir que es dable esperar mejores estudios desde el punto de vista etnográfico, realizados con método adecuado y convincente apoyo teórico. Del mismo modo creemos que la arqueología nacional habrá de experimentar considerables progresos.

APÉNDICE I

UNA CERAMICA PREHISPANICA CAMPANULIFORME ANTROPOMORFA

Prof. LUCAS F. ROSELLI:



Procedencia. — Esta pieza procede de Nueva Palmira, departamento de Colonia, Uruguay. El sitio del hallazgo queda comprendido entre la zona Franca y el arroyo Higueritas, en la margen izquierda del río Uruguay. Formaba parte de un conjunto arqueológico compuesto por varios fragmentos de tiestos de cerámica decorados con incisiones, y de otros de la denominada "alfarería gruesa" (Serrano). Se destacan en dicho conjunto una pequeña pipa ligeramente acodada y una representación zoomorfa, aparentemente un apéndice caudal. Se encontraron también algunos restos de huesos humanos.

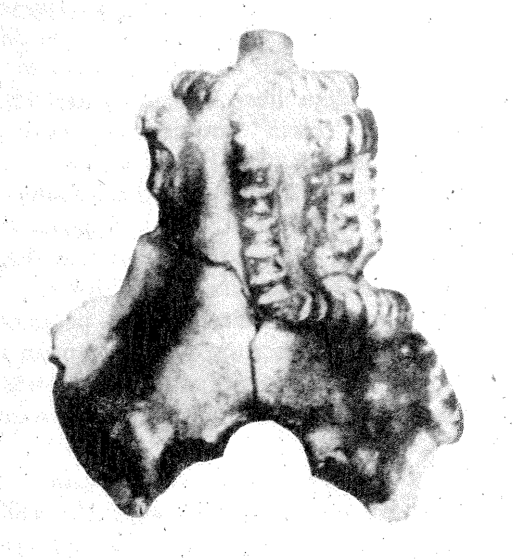
Las piezas se hallaban en la orilla del río, incluidas en las capas arcillosa y arenosa que afloran allí. En esta zona los yacimientos arqueológicos se ubican en terrenos humífero-arenosos más elevados, situados hasta unos 200 metros de la costa. Es corriente que la erosión pluvial provoque el desprendimiento de masas de esta capa humífero-arenosa de los sitios más elevados (médanos, barrancas) que se vuelcan sobre las partes más llanas de la margen fluvial. Puede por esto concluirse que no se trata de un hallazgo *in situ*.

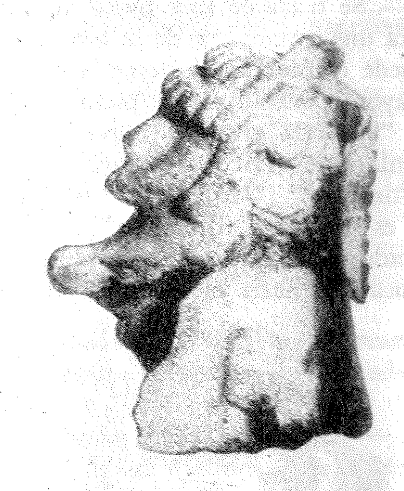
Cronología. — La circunstancia anteriormente expuesta y la ausencia de elementos seguros para el establecimiento de una geocronología hacen que no pueda adelantarse una datación estratigráfica. Puede sí afirmarse por las características estilísticas de la pieza que corresponde a la época prehispánica, puesto que el contacto de los grupos indígenas con la cultura europea provocó, con la pérdida de sus rasgos culturales originales, la desaparición de sus artesanías.

Literatura. — Se trata de una pieza de reciente hallazgo e inédita. Aun cuando existen descripciones de cerámicas campanuliformes del litoral uruguayo, no hay ninguna que consigne una representación antropomorfa.

Dimensiones y peso. — La altura es de 173 mm., y tanto el diámetro transversal como el anteroposterior son de 135 mm. Estas medidas corresponden al estado actual de la pieza; no obstante, considerando otros fragmentos que parecen desprendimientos de la misma pieza, aquellas dimensiones alcanzarían aproximadamente a 200 mm. y a 165 mm. El espesor de las paredes varía de 8 a 18 mm. El peso es de 1.020 grs.

Material. — Se utilizó arcilla bastante compacta y homogénea a la que se agregó como antiplásticos, arena mediana y fina, vegetales y espículas de espongiario de la especie *Uruguaya coralloides*.





Bowerbank como lo revela la observación al microscopio. Este procedimiento ha sido descrito para la cuenca del Amazonas (Linné) y para el Uruguay (Serrano), quien señala que la alfarería del Uruguay con espículas que ha podido revisar está desprovista de representaciones plásticas y de asas; nosotros hemos podido comprobar la existencia de tales espículas en la alfarería plástica de Nueva Palmira.

La "campana" es de un color amarillo rojizo no uniforme a causa de la cochura al aire libre. Su parte posterior es oscura, siendo del color caracterstico que adquieren las piezas que han permanecido en la arcilla de tipo *platense*. Puede pensarse que habría tenido un color plomizo que ha perdido, pero que aún puede verse en algunas de sus partes.

Modelado. — Se ha construido desde arriba hacia abajo, y, al parecer, sin recurrir al conocido procedimiento del rodete de arcilla. Durante su elaboración se sostuvo la pieza con la mano izquierda; precisamente en el interior de la parte maciza que forma la cabeza se observa la marca de los dedos medio e índice de aquella mano.

El interior es bastante rústico; exteriormente presenta una película de arcilla que forma una superficie bien lisa.

Ornamentación. — Exceptuando la decoración incisa visible en la parte que se ha conservado del agujero anterior, los restantes elementos de decoración sobreelevada han sido hechos independientemente de la campana y luego adheridos. Estos apliques están rítmicamente marcados por

escotaduras o incisiones transversales presumiblemente hechas con un instrumento de hueso.

Morfología. — Se trata de una pieza incompleta ya que le falta una gran parte de la base; sin embargo, no puede considerársela como apéndice de un objeto mayor. Constituye una pieza en sí, del tipo llamado "alfarería gruesa" (Serrano), "alfarería campanuliforme" (Acosta y Lara), o "campanas chaná-timbúes" (Gaspary).

El rostro es de forma triangular con el mentón pronunciado, no habiéndose representado los ojos ni la boca. La nariz es saliente, sin que se hayan indicado sus orificios; las orejas muestran una perforación en la parte media. La frente está coronada por una aplicación en relieve con decoración incisa que continúa en círculo hasta la parte posterior donde deja libre una zona de 45 mm. cortada por una "coleta" también en relieve y con la misma decoración. De cada costado y hacia atrás de las orejas dos apliques, igualmente en relieve e incisos, representan quizá el peinado; los correspondientes al lado izquierdo se han desprendido aunque sus huellas son bien visibles.



Sobre la cabeza un círculo más pequeño, similar a los apliques descritos, culmina en un apéndice cilíndrico liso algo inclinado hacia atrás, posible figuración de un sombrero, o del remate del tocado.

La parte posterior de la cabeza está cruzada por la "coleta" referida que al llegar al cuello dobla hacia la derecha en ángulo de 90°, pasando por el hombro y terminando en la faz anterior presumiblemente junto a un agujero que la pieza presenta en esa región. Otra abertura circular de este tipo y también rota, se aprecia al final de la parte posterior de la pieza; tiene un diámetro de 30 mm., y su contorno no está decorado. Los dos agujeros forman un eje perpendicular al objeto, y varios arqueólogos los han considerado característicos de esta clase de cerámica (Marcano, Torres).

A ambos lados se han representado los brazos de manera arcaica y con la misma técnica de apliques en relieve y con escotaduras. El derecho está doblado hacia adelante y en su remate se ha pretendido indicar de manera elemental los dedos. El brazo izquierdo está incompleto aunque se posee el fragmento desprendido; el mismo muestra estar doblado hacia atrás.

Museografía. — La pieza forma parte de la colección particular del autor.

APÉNDICE II

UNA REFERENCIA AL STATUS DE LOS CHARRUAS A FINES DEL SIGLO XIX



"Charrúas civilizados" por Debret. M. Histórico.

Nombre y datos del informante. — Serapio Méndez; edad 90 años. Lugar de nacimiento: costas de Avestruz, 6ª sección del Dpto. de Treinta y Tres, campos de Emeterio Barreto. Analfabeto. Sirvió en las guerras de 1897 y 1904, fue partícipe de los combates de Tupambaé, Paso de los Carros y Masoller, de todo lo que posee un rico anecdotario. Presenció la acción de Arbolito y la muerte de Chiquito Saravia. Se desempeñó como tropero de José Saravia y sirvió en el bando Colorado.

Cuestionario. — Preguntado si conoció charrúas, responde que sí. Cuando era tropero de Saravia y tendría unos 18 años, conoció un grupo como de 8 ó 10, en campos de Avestruz. Vestían como gauchos; eran muy pobres y hacían changas en las estancias. Preguntado sobre la fisonomía de los mismos, responde que su piel era bien oscura, la nariz aguileña ("de carancho", sic); las chinas le llamaban la atención por el largo de los cabellos que les llegaban hasta las pantorrillas y eran cerdosos y negros.

Preguntado sobre si tenían toldos, responde que hacían unas chozas bajas de ramas ("envira y cipó", sic), con canaleta u hoyo excavado en la tierra y cubiertas de esas ramas. Ocupaban un campo muy sucio y con muchas "cruceras", lo que lo hacía poco frecuentado y los indios lo preferían porque eran muy retraídos y no deseaban ser molestados.

Preguntado si los vio mascar renuevos de ceibo, dice que ignora. Preguntado sobre adornos, armas, lenguaje, etc., dice que ignora.

Preguntado si recuerda algo más, dice que por referencias de un tío suyo que había sido oficial en 1904 (luego degradado por ser negro), y que las había escuchado en comentarios de fogón, sobre que en la Guerra de Farrapos, Río Grande do Sul, Brasil, utilizaban charrúas para hacerlos combatir en las avanzadas, y que de noche para que no se escaparan los tenían atados a las ruedas de las carretas, y que los trataban como esclavos.

Informaciones recogidas por el Sr. Martín Morozowicz en la Sala 4 del Hospital Pasteur, en octubre de 1965.

Estas referencias pertenecen a un fichero de la Sección Etnografía del Museo Nacional de Historia Natural de Montevideo, en el que se vienen recopilando informaciones similares.

Dicho Instituto agradecerá cualquier aporte que contribuya al enriquecimiento del mencionado fichero, como asimismo, evacúa consultas sobre cuestionario, valor de los informantes, etc.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS CITADAS

ACOSTA Y LARA, E.: **Los Chaná Timbúes en la Banda Oriental.** Anales del Museo de Historia Natural, 2da. Serie, Vol. VI, Nº 5. Montevideo, 1955.

Inédito — **La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (Período patrio).**

ARREDONDO, H.: **Informe preliminar sobre la arqueología de la boca del Río Negro.** Rev. Soc. Amigos de la Arqueología, T. I. Montevideo, 1927.

BLIXEN, O.: **Acerca de la supuesta filiación arawak de las lenguas indígenas del Uruguay.** Boletín de la Soc. de Antropología del Uruguay, Nº 2. Montevideo, 1956.

BÓRMIDA, M.: **El cuareimense.** En volumen de Homenaje a Fernando Márquez-Miranda. Madrid, 1964.

CANALS FRAU, S.: **Poblaciones indígenas de la Argentina.** Buenos Aires, 1953.

FIGUEIRA, J. H.: **Los primitivos habitantes del Uruguay. Ensayo paleoetnológico.** Montevideo, 1892.

FIGUEIRA, J. J.: **Breviario de Etnología y Arqueología del Uruguay.** Apartado del Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército, Nros 104-105. Montevideo, 1965.

FIGUEIRA, J. J. y RODRÍGUEZ DE FIGUEIRA, D. N.: **Utensilios y armas de hueso de los aborígenes del Uruguay.** En volumen de Homenaje a Fernando Márquez-Miranda. Madrid, 1964.

IMBELLONI, J.: **Nouveaux apports a la classification de l'Homme américain.** Miscellanea Paul Rivet Octogenario Dicata. México, 1958.

JAUREGUY, M. A., MATTEO, A. L. y SOTO, J. A.: **Estudio médico del niño indígena del Uruguay.** Archivos de Pediatría del Uruguay, año XXVII, Nº 5. Montevideo, 1956.

KRIKEBERG, W.: **Etnología de América.** México, 1946.

MUÑOA, J. I.: **Contribución a la antropología física del Uruguay.** Anales del Museo de Historia Natural, 2da. Serie, Vol. VI, Nº 4. Montevideo, 1954.

MUÑOA, J. I.: **Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo.** Centro de Est. Arq. y Antr. Amer. Dr. Paul Rivet, Cuaderno Antrop. Nº 3. Montevideo, 1965.

PALAVECINO, E.: **Capas y áreas culturales en el territorio argentino.** Buenos Aires, 1948.

PETIT MUÑOZ, E.: **La vivienda charrúa.** Rev. Fac. de Humanidades y Ciencias, Nº 5. Montevideo, 1950.

PETIT MUÑOZ, E.: **El mundo indígena.** Enciclopedia Uruguaya Nº 1. Montevideo, 1968.

RIVET, P.: **Les derniers charruas.** Rev. Soc. Amigos de la Arqueología, T. IV. Montevideo, 1930.

RONA, J. P.: **Nuevos elementos de la lengua charrúa.** Fac. de Humanidades y Ciencias. Montevideo, 1964.

SALLABERRY, J. F.: **Los charrúas y Santa Fe.** Montevideo. 1926.

SCHUSTER, C.: **Human figures in South American petroglyphs and pictographs as excerpts from repeating patterns.** Anales del Museo de Historia Natural, 2da. Serie, Vol. VI, Nº 6. Montevideo, 1955.

SERRANO, A.: **Etnografía de la antigua provincia del Uruguay.** Paraná. 1936.

SERRANO, A.: **Los aborígenes argentinos.** Buenos Aires, 1947.

STEWARD, J. (Ed.): **Handbook of South American Indians.** 6 tomos. Washington, 1946.

VIDART, D. D.: Notas al esquema de J. I. Muñoa **'Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo'.** 1965.

PLAN DE LA OBRA

(Continuación)

Y UN VOLUMEN FUERA DE SERIE: **EL TURISMO** QUE APARECERÁ DESPUÉS DE LOS 25 PRIMEROS.

LOS EDITORES PODRÁN, SIN PREVIO AVISO, SUSTITUIR CUALQUIERA DE LOS TÍTULOS ANUNCIADOS O ALTERAR EL ORDEN DE SU APARICIÓN.

EL MARTES DE LA SEMANA PROXIMA APARECE EL VOLUMEN:

EL BORDE DEL MAR

MIGUEL A. KLAPPENBACH Y VICTOR SCARABINO

Y LOS MARTES SUBSIGUIENTES:

3. RELIEVE Y COSTAS
Jorge Chebataroff
4. EL MOVIMIENTO SINDICAL
Germán D'Elía
5. EL SISTEMA EDUCATIVO Y LA SITUACIÓN NACIONAL
Mario H. Otero
6. MAMÍFEROS AUTÓCTONOS
Rodolfo V. Tálice
7. TIEMPO Y CLIMA
Sebastián Vieira
8. LAS IDEAS Y LAS FORMAS EN LA ARQUITECTURA
Aurelio Lucchini
9. LA ECONOMÍA DEL URUGUAY ACTUAL
Instituto de Economía
10. LAS IDEOLOGÍAS Y LA FILOSOFÍA
Jesús C. Guiral
11. RECURSOS MINERALES DEL URUGUAY
Jorge Bossi
12. EL DESARROLLO AGROPECUARIO
Antonio Pérez García
13. ANFIBIOS Y REPTILES
M. A. Klappenbach y Braulio Orejas
14. TIPOS HUMANOS DEL CAMPO Y LA CIUDAD
Daniel Vidart
15. EL COMERCIO INTERNACIONAL Y LOS PROBLEMAS MONETARIOS
Samuel Lichtenstejn
16. LAS AVES DEL URUGUAY
Juan Cuello
17. EL LENGUAJE DE LOS URUGUAYOS
Horacio de Marsilio
18. LA SOCIEDAD URBANA
Horacio Martorelli
19. LA SOCIEDAD RURAL
Germán Wettstein
20. EL LEGADO DE LOS INMIGRANTES
Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte
21. HISTORIA DE NUESTRO SUBSUELO
Rodolfo Méndez Alzola
22. INSECTOS Y ARÁCNIDOS
Carlos S. Carbonell
23. EL COMERCIO Y LOS SERVICIOS DEL ESTADO
José Gil